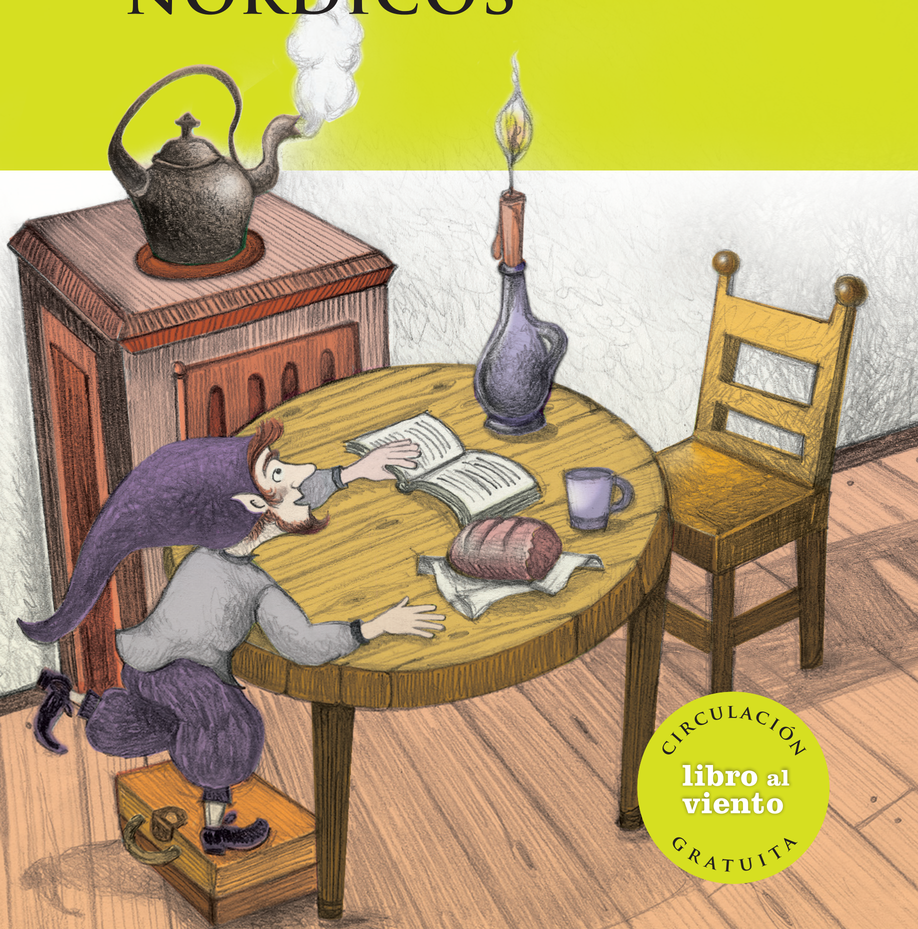
Trece relatos nórdicos





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO INICIAL


EMBAJADA REAL
DE DINAMARCA
Bogotá


Embajada de Noruega


Embajada de Suecia
Bogotá D.C.


Government of Iceland


Embajada de Finlandia
Bogotá

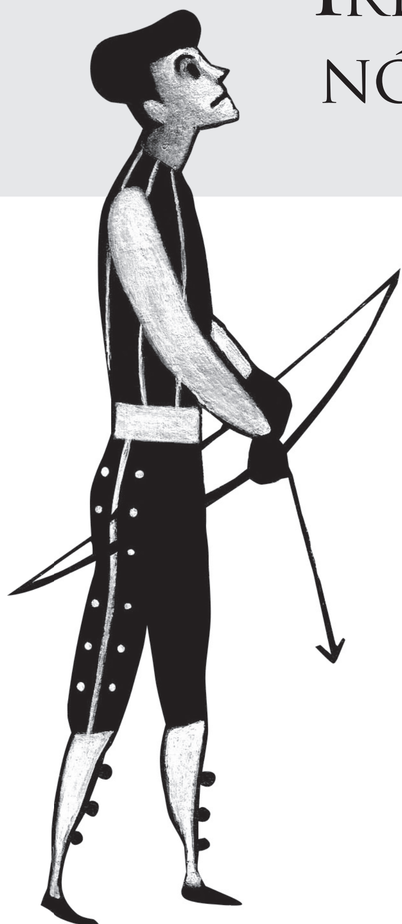



filbo 33®
Bogota International Book Fair


ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



Trece relatos nórdicos



Ilustrados por:

Mónica Peña

(Dinamarca)

Andrés Rodríguez

(Finlandia)

Amalia Satizábal

(Islandia)

Alejandro Uscátegui

(Noruega)

Ingrid Vang Nyman

(Suecia)



Primera edición: Bogotá, abril de 2020

Imágenes de carátula: collage con las ilustraciones de páginas interiores de Mónica Peña, Andrés Rodríguez, Amalia Satizábal y Alejandro Uscátegui.

Fredy Javier Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
978-958-5595-30-9, isbn
Panamericana, impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

NOTA:
La versión física de este Libro al viento, trae el cuento de Suecia: *Pippi llega a Villa Villekulla*, de Astrid Lindgren.



Contenido

Presentación

A principios del siglo XIX el mundo no era tal como lo conocemos ahora. Había países que no existían y otros que no tenían los límites que ahora conocemos. El reparto de las tierras tras las guerras y las alianzas y tratados cambiaría las fronteras de los países de todo el mundo hasta bien entrado el siglo XX. Noruega en el año 1800 pertenecía a la corona de Dinamarca y en 1813 formaba parte de la corona de Suecia. No logrará la independencia plena hasta 1905. Finlandia perteneció a Suecia hasta 1809 y luego pasaría a ser dominada por Rusia. Se constituiría como nación en 1918. Islandia perteneció primero a Noruega y luego a Dinamarca, y solo será un país independiente en 1944. Suecia y Dinamarca crecen o decrecen según que los territorios que formaban parte de su corona pasen de un país al otro, o a Rusia. En que este mapa cambiante se fijara y adquiriera la forma que hoy conocemos tuvo mucho que ver el romanticismo, que

promovía la exaltación de la libertad del individuo y de las naciones, y que en su última fase dio lugar a los nacionalismos europeos y americanos.

Y en estos nacionalismos fue muy importante la investigación de qué era el carácter nacional: qué tiene un país que no tenga el país vecino, qué constituye la identidad de un país que hace que sea diferente del otro y, por tanto, tenga derecho a ser un país distinto. Esta es una cuestión que causa muchas disputas, todavía hoy. Y que en el siglo xix se intentó argumentar recurriendo a la literatura oral medieval y contemporánea: a las leyendas donde se relata el origen o la estirpe de un pueblo (epopeyas), como el Kalevalá finlandés, o a las sagas islandesas de las que proceden las historias de elfos islandeses que puedes leer en este libro. Y también se pensó que los cuentos populares, lo que la gente sencilla contaba, también contenían ese espíritu nacional que distinguía a un pueblo. Es entonces en el romanticismo cuando se comienza a recoger la literatura oral que encontrarás en este libro que tienes entre tus manos. De los 13 textos que se ofrecen en este volumen, dos son de autor ("Oro de serpientes", del islandés Aðalsteinn Ásberg Sigurðsson, y "Pippi llega a Villa Villekulla", de la sueca Astrid Lindgren), tres son de Hans Christian Andersen (y este autor danés se inspiró para escribir

sus cuentos en cuentos tradicionales de su país), y los nueve restantes son cuentos populares de estos países nórdicos.

Los primeros que empezaron a escuchar a la gente del pueblo contando cuentos fueron los hermanos Grimm, que publicarían los cuentos alemanes que recogieron entre 1812 y 1815. Aunque su trabajo de recopilación comenzó con la idea de averiguar en estos cuentos cuáles eran las características del pueblo alemán, pronto se dieron cuenta de que los cuentos alemanes son como los noruegos, como los islandeses, como los daneses, porque los cuentos populares no saben de fronteras ni de países. Llegan a nuestros oídos a través de la voz de alguien que alguna vez escuchó ese cuento y que lo guardó en su memoria porque algo del cuento le emocionó. De nuestros oídos pasan a nuestro corazón y allí, tocados por la emoción, se convierten en recuerdo y salen a través de nuestra voz, de nuestra mirada y de nuestro pálpito, para llegar a los oídos de los otros. Los cuentos, como las personas, o los pájaros, los trae y los lleva el viento, como a este libro que ahora vas a leer.

En este contexto de interés por los cuentos populares, aparecen los recopiladores que recogieron los cuentos que se incluyen en esta antología: Eric

Rudbeck (1830-1867), conocido por su pseudónimo Eero Salmelainen, recogió los cuentos finlandeses, que fueron versionados para el público inglés por Parker Fillmore (1878-1944) y publicados en 1922 en Mighty Mikko: A Book of Finnish Fairy Tales and Folk Tales. Peter Christen Asbjørnsen (1812-1885) y Jørgen Engebretsen Moe (1813-1882), por su parte, fueron los que registraron los cuentos noruegos durante el siglo xx. Todos ellos viajaron por países que no existían y recogieron los cuentos en lenguas que no se escribían porque lo que dice el pueblo no se considera culto y, por ello, digno de ser escrito. Curiosamente, sus recopilaciones, los únicos testimonios escritos que existían de esas lenguas, sirvieron para elaborar las normas que permitieron que esas lenguas pasasen de ser lenguas orales y vulgares a ser lenguas escritas y oficiales de los países que comenzaban a serlo. De ahí la importancia histórica de estos cuentos.

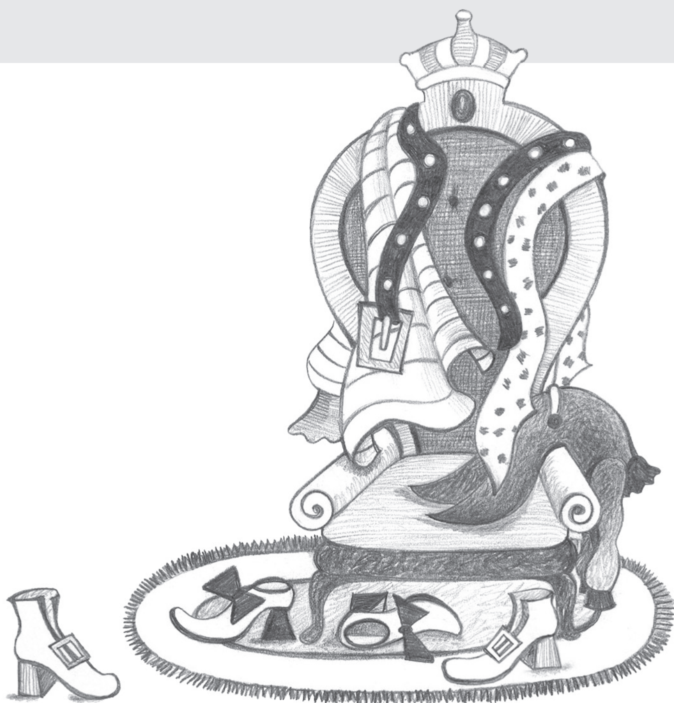
Pero la verdadera importancia de estos cuentos no es solo en qué contexto histórico se recogieron sino qué cuentan. Hablan de que los hombres y las mujeres somos los mismos tanto en el norte helado como en el sur soleado, que nos animan y nos entristecen las mismas cosas, que luchamos por lo mismo: vivir. Hablan de la humana necesidad de contar, de

transitar por el mundo simbólico de los cuentos para que, cuando la pérdida, la encrucijada, el engaño, la traición, o el amor, lleguen a nuestra vida, sepamos cómo enfrentarlos o vivirlos, y salir airosos, como los protagonistas de estos cuentos. Hablan de un mundo donde siempre vence el justo, el honrado, el que no engaña ni miente, y donde el daño causado siempre se repara y la justicia siempre triunfa. Hablan de que el que triunfa, el héroe, es el que aprende a cuidar de los otros, el que se detiene ante la injusticia, el que escucha y le da valor a lo insignificante, a lo que no es importante, como la gente «vulgar» que cuenta estos cuentos, en los que el más débil es siempre el protagonista: el hermano pequeño, la hermana pequeña, la que nace poco agraciada, o desgreñada. Hablan de que, si te pones en camino, aunque tu meta sea encontrar dónde vive el Viento del Norte, siempre te vas a encontrar a quien te ayude a resolver tus problemas, porque el otro, en estos cuentos, no es quien te engaña, quien te traiciona, quien te roba, sino quien te ayuda. Gracias a estos cuentos, los seres humanos del norte de Europa y de todo el mundo aprendieron que lo más importante es cuidar a los que te rodean, y también aprendieron a confiar en sus semejantes, a cazar o trabajar juntos, eso que se llama colaborar. Porque para escuchar estos cuentos

que ahora tienes entre tus manos hubo un tiempo en que la gente tenía que estar junta, callada, escuchando, confiando. Porque hubo un tiempo en que estos cuentos que volaban de labio a oreja llenaban las largas y frías noches del invierno boreal. Porque hubo un tiempo en que el triunfo de la justicia era el final de todos los cuentos. Y los cuentos nos enseñan que ese tiempo que hubo todavía es, y que los seres humanos solo deseamos eso: vivir en un mundo más justo. Ojalá que estos cuentos lleguen a tu corazón y allí se queden para que un día no muy lejano vuelvan a salir de tus labios a otras orejas, a otro corazón, y así mucho mucho tiempo. Que así sea.

Ana Cristina Herreros

Dinamarca



El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen

Hace muchos años había un emperador al que le gustaban tanto los trajes nuevos y elegantes, que gastaba todo su dinero en ropa. No le interesaban sus soldados, no le interesaba el teatro ni ir al bosque: solo tener trajes nuevos. Tenía una levita para cada hora del día; y si de los reyes se suele decir que están en consejo, de él siempre se decía: «El emperador está en el probador».

La gran ciudad donde vivía era un lugar muy alegre; todos los días llegaban muchos forasteros, y un día llegaron dos embaucadores. Se presentaron como tejedores y dijeron que sabían tejer las telas más preciosas que uno pudiera imaginarse. No solo los colores y los dibujos eran muy hermosos, sino que cortaban trajes con una tela que tenía la propiedad de ser invisible para cualquier persona que no mereciera su cargo o que fuera absolutamente tonta.

«Sería un traje estupendo —pensó el emperador—. Poniéndomelo podría averiguar qué hombres de mi reino no merecen los cargos que ocupan. Podría distinguir a tontos y listos. ¡Tienen que tejer inmediatamente esa tela para mí!».

Y entregó muchísimo dinero a los dos embaucadores para que comenzaran el trabajo.

Así que instalaron un telar y fingieron que trabajaban, aunque en el telar no había nada. Al poco pidieron la seda más fina y el oro más precioso. Se lo metieron en las bolsas y trabajaron en el telar vacío hasta bien entrada la noche.

«Me gustaría saber cuánto han progresado con la tela», pensó el emperador, pero le dio un vuelco el corazón pensando que si era tonto o no estaba a la altura de su cargo no la vería. En realidad creía no tener nada que temer, pero prefirió enviar a alguien a ver cómo iban las cosas. Toda la gente de la ciudad conocía la extraordinaria propiedad de la tela, y todos estaban ansiosos por ver lo inútil o lo tonto que era su vecino.

«Enviaré al telar a mi anciano y noble ministro —pensó el emperador—. Él podrá ver mejor que nadie cómo es la tela, porque es inteligente y no hay nadie que esté a la altura de su cargo tanto como él».

Así que allá fue el anciano y bondadoso ministro a la sala donde estaban trabajando en el telar vacío.

«¡Válgame Dios! —pensó el anciano ministro abriendo ojos como platos—. ¡Pero si no veo nada!».

Pero no lo dijo.

Los embaucadores le pidieron que hiciera el favor de acercarse más y le preguntaron si no era un dibujo precioso y unos colores hermosísimos. Y señalaban el telar vacío, y el pobre del viejo ministro siguió abriendo los ojos como platos sin poder ver nada, pues nada había.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Seré tonto? Nunca se me había ocurrido y nadie debe saberlo. ¿Será que no estoy a la altura de mi cargo? No, no puedo decirle a nadie que no he visto la tela».

—Bueno, diga algo —dijo uno de los tejedores.

—¡Oh, es preciosa! ¡Maravillosa! —dijo el anciano ministro mirando a través de las gafas—. ¡Qué dibujo, qué colores! ¡Sí, le diré al emperador que me agrada muchísimo!

—Nos alegramos —dijeron los dos tejedores.

Y nombraron los colores y explicaron el extraordinario dibujo. El anciano ministro prestó mucha atención para poder decir lo mismo cuando fuera a ver al emperador, y así lo hizo.

Los embaucadores pidieron más dinero, más seda y oro, diciendo que lo necesitaban para la tela.

Se lo guardaron en la bolsa, al telar no llegó ni una hebra, y continuaron, como hasta entonces, tejiendo en el telar vacío.

El emperador envió a otro buen funcionario a ver cómo iba el tejido y a preguntar si la tela estaría lista pronto. Pasó igual que con el ministro, miró y miró, pero, como no había nada más que el telar vacío, no pudo ver nada.

—¿No es una tela preciosa? —dijeron los dos embaucadores, señalando y explicando el precioso dibujo inexistente.

«Tonto no soy —pensó el buen hombre—. Debe de ser entonces que no estoy a la altura de mi cargo. ¡Qué raro! Pero no puedo dejar que nadie se dé cuenta». Así que elogió la tela que no veía y les expresó su alegría por los magníficos colores y el precioso dibujo.

—¡Es maravillosa! —le dijo al emperador.

Toda la gente de la ciudad hablaba de aquella preciosa tela.

Entonces el emperador quiso ver por sí mismo la tela mientras aún estaba en el telar. Con un gran cortejo de hombres elegidos, entre ellos los dos buenos funcionarios que ya habían estado allí, fue a ver a los dos astutos embaucadores, que estaban tejiendo a más no poder, aunque sin hebra ni hilo.

—¿Verdad que es *magnifique?* —dijeron los dos buenos funcionarios—. Vea, su majestad, qué dibujo, qué colores.

Y señalaron el telar vacío, porque creían que los demás sí podían ver la tela.

«¡Anda! —pensó el emperador—. ¡No veo nada! ¡Pero qué extraño! ¿Seré tonto? ¿No estaré a la altura de un emperador? ¡Es lo más terrible que podía pasarme!».

—¡Oh, qué bonito! —dijo el emperador—. ¡Tienen mi más sincero aplauso!

Y se inclinó satisfecho para observar el telar vacío; no quería reconocer que no veía nada. Todo el séquito que lo acompañaba miró y remiró y, aunque no pudieron ver más que los otros, le dijeron al emperador:

—Es muy bonita —y le aconsejaron que estrenara un traje ancho con aquella tela nueva y maravillosa en el gran desfile que iba a celebrarse pronto—. ¡Es *magnifique,* estupenda, excelente! —se decían unos a otros, y todos estaban de lo más contentos.

El emperador regaló a cada uno de los embaucadores una cruz de caballero para que se la colgaran del ojal, y los distinguió con el título de Barón Tejedor.

La noche de la víspera del desfile, los tejedores se la pasaron levantados y con dieciséis luces encen-

didas. La gente estaba convencida de que estaban de lo más atareados terminando el traje nuevo del emperador. Ellos fingían coger la tela del telar, la cortaban en el aire con grandes cuchillas, la cosían con agujas sin hilo y al terminar dijeron:

—¡El traje está listo!

El emperador fue allá en persona acompañado de sus principales caballeros; los embaucadores levantaron los brazos como si estuvieran sosteniendo algo y dijeron:

—Aquí están las calzas, aquí está la casaca, aquí está el manto —y así sucesivamente—. Es tan sutil como una telaraña. Parece que no se lleva nada en el cuerpo, pero esa es precisamente su virtud.

—¡Sí! —dijeron todos los caballeros, aunque no veían nada, pues nada había.

—Tenga, su majestad imperial, la amabilidad de quitarse la ropa —dijeron los embaucadores—, y le pondremos el traje nuevo delante del espejo grande.

El emperador se quitó toda la ropa, y los embaucadores hicieron como si le fueran poniendo las prendas nuevas que habían cosido; lo cogían por la cintura y hacían como si ataran algo, que eran los faldones, y el emperador daba vueltas y vueltas delante del espejo.



—¡Dios mío, qué bien le sienta! ¡Qué espléndida caída! —decían todos—. ¡Qué dibujo! ¡Qué colores! ¡Es un traje magnífico!

—Ahí fuera está dispuesto ya el palio con que acompañarán a su majestad en el desfile —dijo el maestro de ceremonias.

—Ya estoy listo —dijo el emperador—. ¿Verdad que me sienta estupendamente?

Y volvió a darse la vuelta delante del espejo, porque tenía que fingir que contemplaba su elegancia.

Los chambelanes que llevaban los dos faldones tantearon con las manos en el suelo para coger la cola. La sostuvieron en el aire sin atreverse a reconocer que no veían nada.

Y así marchó el emperador en el desfile bajo el sagrado palio, y la gente que llenaba las calles y las ventanas decía:

—¡Dios mío, qué magnífico es el traje del emperador! ¡Qué preciosos faldones tiene la levita! ¡Qué bien le sienta!

Nadie quería reconocer que no veía nada, porque al hacerlo mostrarían que no estaban a la altura de sus cargos o que eran muy tontos. Ninguno de los trajes del emperador había tenido tanto éxito.

—¡Pero si no lleva nada encima! —dijo un niño pequeño.

—¡Dios mío, escuchen a este inocente! —dijo el padre, y unos les susurraron a otros lo que había dicho el niño.

—¡No lleva nada encima, es un niño pequeño el que ha dicho que no lleva nada encima!

—¡No lleva nada encima! —gritó por fin la gente.

Y el emperador se dio un buen susto, pues estaba convencido de que tenían razón, pero pensó: «Tengo que terminar el desfile». Y continuó aún más orgulloso, con los chambelanes llevando unos faldones inexistentes.

El duende del abacero

Hans Christian Andersen

Había un estudiante de verdad. Vivía en una buhardilla y no tenía nada. Había un abacero de verdad. Vivía en el primer piso y era dueño de toda la casa, y el duende se había ido a vivir con él, porque todas las Nochebuenas le daban un plato de gachas con un buen pedazo de mantequilla dentro. El abacero podía permitírselo, y el duende se quedó en la tienda, lo que resulta muy instructivo.

Una tarde llamó a la puerta trasera el estudiante, que venía a comprarle velas y queso. No tenía a nadie a quien enviar, de modo que iba en persona. Le dieron lo que pedía, pagó y el abacero y su señora, que era una mujer que sabía hacer algo más que mover la cabeza, pues era bien locuaz, le dieron las buenas noches moviendo la cabeza. Y el estudiante movió también la cabeza y se quedó parado leyendo una hoja de papel en la que estaba envuelto el queso. Era una hoja arrancada de un libro viejo que no

merecía que lo rompieran, un libro viejo, lleno de poesía.

—Hay más de esas —dijo el abacero—. Se las compré a una vieja por un poco de café. Si me da usted ocho chelines, se las puede quedar todas.

—Gracias —dijo el estudiante—, démelas en vez del queso. Me puedo comer el emparedado viudo. Sería una pena hacer pedazos todo el libro. Usted es un hombre estupendo, un hombre práctico, pero de poesía entiende usted tanto como ese barril.

No fue muy amable lo que dijo, sobre todo por lo que al barril se refiere, pero el abacero rio y el estudiante rio, lo había dicho en broma o algo así. No obstante el duende se enfadó de que alguien osara decirle tal cosa al abacero, que era el casero y vendía la mejor mantequilla.

Cuando se hizo de noche, se cerró la tienda y todos se fueron a la cama, menos el estudiante; el duende fue y cogió la facundia de la señora, que no la necesitaba para dormir, y cualesquiera objetos de la casa sobre los que la puso recibieron el don del hablar, aunque solo podían usarlo uno cada vez, lo que era una auténtica bendición, porque si no se habrían dedicado a quitarse la palabra de la boca unos a otros.

Y el duende puso la facundia encima del barril donde se dejaban los periódicos viejos:

—¿Realmente no sabe usted lo que es la poesía? —preguntó.

—Claro que lo sé —dijo el barril—, es una cosa que está en la última página de los periódicos y que la gente recorta. Yo diría que tengo más de ella dentro de mí que el estudiante, y eso que comparado con el abacero no soy más que un humilde barril.

Y el duende puso la facundia encima del molinillo de café y ¡vaya lo que soltó! Y la puso encima de la mantequera y de la caja del dinero. Todos eran de la misma opinión que el barril, y hay que respetar lo que piensa la mayoría.

—¡Ahora verá ese estudiante! —y el duende subió silenciosamente por la escalera hasta la buhardilla donde vivía el estudiante. Había luz encendida, y el duende se asomó por el agujero de la cerradura y vio que el estudiante estaba leyendo aquel libro tan andrajoso. ¡Pero cuánta luz había allí dentro! Del libro salían luminosos rayos que se convertían en un tronco, en un poderoso árbol que se erguía muy alto, extendiendo sus ramas sobre el estudiante. Las hojas eran frescas, cada flor era una preciosa cabeza de muchacha, algunas de ojos oscuros y brillantes, otras de ojos azules y asombrosamente claros. Los frutos eran relucientes estrellas y además se oían cánticos asombrosamente hermosos.

Bueno, el duende nunca se había imaginado un esplendor semejante, mucho menos aún lo había visto o lo había sentido. Y se quedó quieto, de puntillas, sin dejar de mirar, hasta que la luz se apagó. El estudiante apagó la vela y se fue a la cama, pero el duende siguió allí, pues aún se oía el sonido, dulce y bello, una preciosa nana para el estudiante, que se había ido a descansar.

—¡Este sitio es estupendo! —dijo el duendecillo—. ¡Nunca lo hubiera imaginado! Me parece que me voy a quedar a vivir con el estudiante… —y se puso a pensar y a pensar muy sensato, y suspiró—: ¡El estudiante no tiene gachas! —y se fue. Volvió a casa del abacero… Y menos mal que lo hizo, porque el barril casi había desgastado la facundia de la señora contando todo lo que tenía dentro de sí por una cara de la página, y ahora tenía intención de hacer lo mismo con la otra cara, pero llegó el duende y le devolvió a la señora su facundia. En cualquier caso, toda la tienda, desde la caja del dinero hasta la leña, formaron desde entonces su opinión según lo que había dicho el barril, al que tenían en tan alta consideración y respetaban tanto que cuando el abacero leía las críticas de arte y teatro en el periódico por la tarde todos creían que eran obra del barril.

No obstante, el duendecillo ya no se quedaba tan tranquilo, escuchando toda la sabiduría y todo el

buen sentido que corrían por allí abajo. No, en cuanto se encendía la vela en la buhardilla era como si los rayos fueran los fuertes cabos de un ancla que subía llevándoselo a él también, de modo que se iba y se asomaba por el agujero de la cerradura, y aquello lo llenaba de un sentimiento de grandeza —como el que nos embarga ante el mar embravecido, cuando Dios pasa sobre él en la tormenta—, y rompía a llorar sin saber por qué lloraba, pero era un llanto de felicidad... Qué maravilloso sería poder sentarse bajo aquel árbol con el estudiante, pero no podía ser... Se contentaba con el ojo de la cerradura. Seguía aún en el frío pasillo cuando empezó a soplar el viento de otoño desde la lumbrera del tejado, y hacía frío, muchísimo frío, cuando la luz del desván se apagaba y el viento no dejaba oír las notas. ¡Uf!, se estaba helando, así que bajó hasta su cálido escondrijo, tan acogedor y confortable. Y más tarde llegaron las gachas de Nochebuena con su buen trozo de mantequilla..., así que el amo siguió siendo el abacero.

Pero a medianoche se despertó el duende por el estrépito que producía la gente aporreando las contraventanas. El sereno tocaba el pito, había un gran incendio. Toda la calle estaba iluminada por las llamas. ¿Era su casa o la del vecino? ¿Cuál? ¡Qué peligro! La esposa del abacero estaba tan confusa que se

quitó los pendientes de las orejas y se los metió en el bolsillo para salvar algo, el abacero fue corriendo a buscar sus acciones y la criada a salvar su mantilla de seda; todos querían salvar lo mejor que tenían y el duendecillo también, y en dos saltos subió la escalera y entró en la habitación del estudiante, que estaba tan tranquilo mirando por la ventana abierta el incendio, que era en la casa de enfrente. El duendecillo cogió el maravilloso libro, que estaba sobre la mesa, se lo metió en su gorro rojo y lo sujetó con las dos manos. El tesoro más valioso de la casa estaba a salvo, y se fue, subió a lo alto del tejado, a lo más alto de la chimenea, y allí se sentó, iluminado por la casa en llamas y sosteniendo con las dos manos su gorro rojo, donde guardaba el tesoro. Ahora sabía realmente dónde quería estar. Pero en cuanto apagaron el fuego le volvió la sensatez... Bueno: «Me repartiré entre todos —dijo—. No voy a dejar al abacero, me quedaría sin gachas».

¡Nada más humano! También los demás vamos a la abacería... por las gachas.



La vendedora de fósforos

Hans Christian Andersen

Hacía un frío espantoso, nevaba y empezaba a caer la noche; era la última noche del año, la víspera de año nuevo. En el frío y la oscuridad caminaba por la calle una niñita pobre, con la cabeza descubierta y los pies descalzos. Claro que al salir de casa llevaba unas zapatillas, ¡pero de qué le iban a servir! Eran unas zapatillas muy grandes que habían sido de su madre, y tan grandes eran que las había perdido al cruzar la calle corriendo para evitar dos carruajes que pasaban a toda velocidad. Una de las zapatillas no la pudo encontrar, y un chico había salido corriendo con la otra diciendo que la podría usar de cuna cuando tuviera sus propios hijos.

Por eso la pequeña niña andaba descalza con sus pies enrojecidos y azules a causa del frío. En un viejo delantal cargaba fósforos y sostenía algunos en la mano. No le habían comprado uno solo en todo el día, ni le habían dado un solo centavo. Camina-

ba hambrienta y muerta de frío, y se veía muy abatida la pobrecita. Los copos de nieve caían sobre su cabello rubio, que se le rizaba suavemente sobre el cuello, pero ella no pensaba en esto. A través de las ventanas resplandecían las luces y en la calle había un delicioso aroma a ganso asado; después de todo, era la víspera de año nuevo: en esto tenía la niña sus pensamientos.

En un rincón formado por dos casas, en donde una pared se proyectaba más que la otra, se sentó la niña y se acurrucó. Había juntado sus pequeñas piernas debajo de sí y aun así se congelaba más y más, pero no se atrevía a ir a casa porque no había vendido un solo fósforo ni había conseguido moneda alguna, y su padre la golpearía. Además, en su casa también hacía frío; solo el techo los cobijaba, y el viento entraba en la casa a pesar de que habían puesto trapos y paja en las rendijas más grandes. No podía sentir sus manecitas por el frío. ¡Ah, un solo fósforo le haría tan bien! Si tan solo se atreviese a sacar uno del paquete, frotarlo contra la pared y calentarse los dedos. «Ritsch». ¡Cómo crepitaba y cómo se encendía! Era una luz cálida y clara, parecía una lámpara cuando la niña cubría con sus manos; ¡era una lámpara maravillosa! La pequeña niña sintió que estaba frente a una estufa de hierro con las patas y el armazón de lata; ¡el


12

fuego ardía tan primorosamente, y cómo calentaba! La pequeña extendió los pies para calentárselos también… y de repente se apagó la llama, se desvaneció la estufa, y solo quedó la niña sentada con un pedazo de fósforo quemado en la mano.

Encendió otro, que ardió y alumbró con su resplandor el muro y lo hizo transparente, como una tela; pudo ver entonces dentro de la sala la mesa cubierta con un mantel blanco resplandeciente, adornos de fina porcelana y un ganso asado recubierto de una salsa deliciosa, lleno de manzanas y ciruelas. Y lo más maravilloso fue que el ganso se levantó sobre sus patas, moviéndose con cuchillo y tenedor en la espalda hasta llegar a donde la pequeña niña pobre; en ese instante se apagó el fósforo, quedando solo el grueso y frío muro frente a sus ojos.

Encendió uno más, y vio entonces el más bello árbol de Navidad; era todavía más grande y adornado que el que había visto la pasada Navidad a través de la puerta de cristal en la casa del rico comerciante. Mil velas lanzaban sus destellos desde sus verdes ramas, y suspendidas de ellas había figuras de colores, como las que adornaban los escaparates de la tienda. La pequeña extendió las dos manos… y se extinguió el fósforo; las luces de navidad se alejaron por el aire y la pequeña se dio cuenta de que habían sido las es-

trellas, y una de ellas cayó y dejó una estela de fuego en el cielo.

«Allí va alguien que acaba de morir», dijo la pequeña, pues su anciana abuela, la única persona que había sido buena con ella, pero que ya había muerto, le había dicho: «Cuando cae una estrella fugaz es que un alma sube al cielo hacia Dios».

Encendió un nuevo fósforo contra el muro, que alumbró todo en derredor, y en el brillo apareció la anciana abuela, tan clara, tan radiante, tan suave y amorosa.

«¡Abuela!», exclamó la pequeña, «¡llévame contigo, por favor! Yo sé que vas a desaparecer cuando el fósforo se apague; vas a desaparecer al igual que la estufa caliente, el delicioso asado y el hermoso árbol de Navidad». Se apresuró a encender todo el paquete de fósforos contra el muro de una vez, pues quería abrazar a la abuela; y los fósforos brillaron con tal intensidad que se hizo más claro que el pleno día. La abuela nunca antes había sido tan dulce y tan alta; levantó a la pequeña niña en sus brazos, y se elevaron las dos en medio de la luz y la alegría, subiendo, subiendo; y ya no sentía frío, ni hambre, ni tristeza, ¡habían alcanzado la morada de Dios!

Pero en aquel rincón quedó, sentada en el frío de la mañana, la pequeña niña con las mejillas rosa-

das, una sonrisa en la boca… Muerta. Había muerto congelada en la última noche del año. Las primeras luces de la mañana alumbraron su pequeño cadáver sentado con los fósforos, el paquete casi completamente quemado. Se había querido calentar, dijeron. Pero nadie supo la maravilla que había visto, ni el inmenso resplandor en el que ella y su abuela habían entrado en la gloria del año nuevo.

Finlandia



Mikko el Magnífico

Cuento tradicional

Érase una vez un viejo leñador y su esposa, quienes tenían un solo hijo, llamado Mikko. La madre estaba agonizando, y el joven lloraba amargamente.

—Cuando te hayas ido, querida madre —decía—, ya no quedará nadie que piense en mí.

La pobre mujer lo consolaba como podía, y le decía:

—Pero aún tendrás a tu padre.

Poco después de que la madre muriera, el anciano también cayó enfermo.

«Ahora sí que quedaré desolado y solo», pensaba Mikko, sentado al lado de su padre, viéndolo perder cada vez más las fuerzas.

—Hijo mío —dijo el anciano justo antes de morir—, no tengo nada que dejarte sino las tres trampas con las que he atrapado animales salvajes por muchos años. Estas trampas son tuyas ahora. Cuando yo muera, ve al bosque, y si encuentras una criatura

salvaje atrapada en cualquiera de ellas, libérala con cuidado y tráela a casa con vida.

Tras la muerte del padre, Mikko se acordó de las trampas y salió al bosque a verlas. La primera estaba vacía, y también la segunda, pero en la tercera halló un zorrito rojo. Con cuidado levantó el resorte que se había cerrado sobre una de sus patitas y se llevó a la criatura en sus brazos. Compartió su cena con animal y, cuando se acostó a dormir, el zorro se hizo un ovillo a sus pies. Vivieron juntos un tiempo, y pronto se volvieron grandes amigos.

—Mikko —dijo el zorro un día—, ¿por qué estás tan triste?

—Porque estoy solo.

—¡Bah! —protestó el zorro—. ¡Esa no es manera de hablar de un joven! ¡Debes casarte! ¡Si te casas, no te sentirás tan solo!

—¡Casarme! —exclamó Mikko—. ¿Cómo me voy a casar? No puedo casarme con una muchacha pobre porque yo mismo estoy en la miseria, y una chica rica jamás querría casarse conmigo.

—¡Tonterías! —respondió el zorro—. Eres un muchacho bien educado, y eres amable y dulce. ¿Qué más podría pedir una princesa?

Mikko estalló en carcajadas de tan solo pensar que una princesa querría tomarlo a él por esposo.

—¡Lo digo en serio! —insistió el zorro—. Piensa en nuestra princesa, por ejemplo. ¿Qué te parecería casarte con ella?

Mikko rio con más fuerza aun.

—¡He oído —dijo— que es la princesa más bella del mundo! ¡Cualquier hombre estaría encantado de casarse con ella!

—Muy bien —dijo el zorro—. Si así te sientes respecto de ella, organizaré la boda para ti.

Así, el zorrito se fue trotando al castillo real y obtuvo una audiencia con el rey.

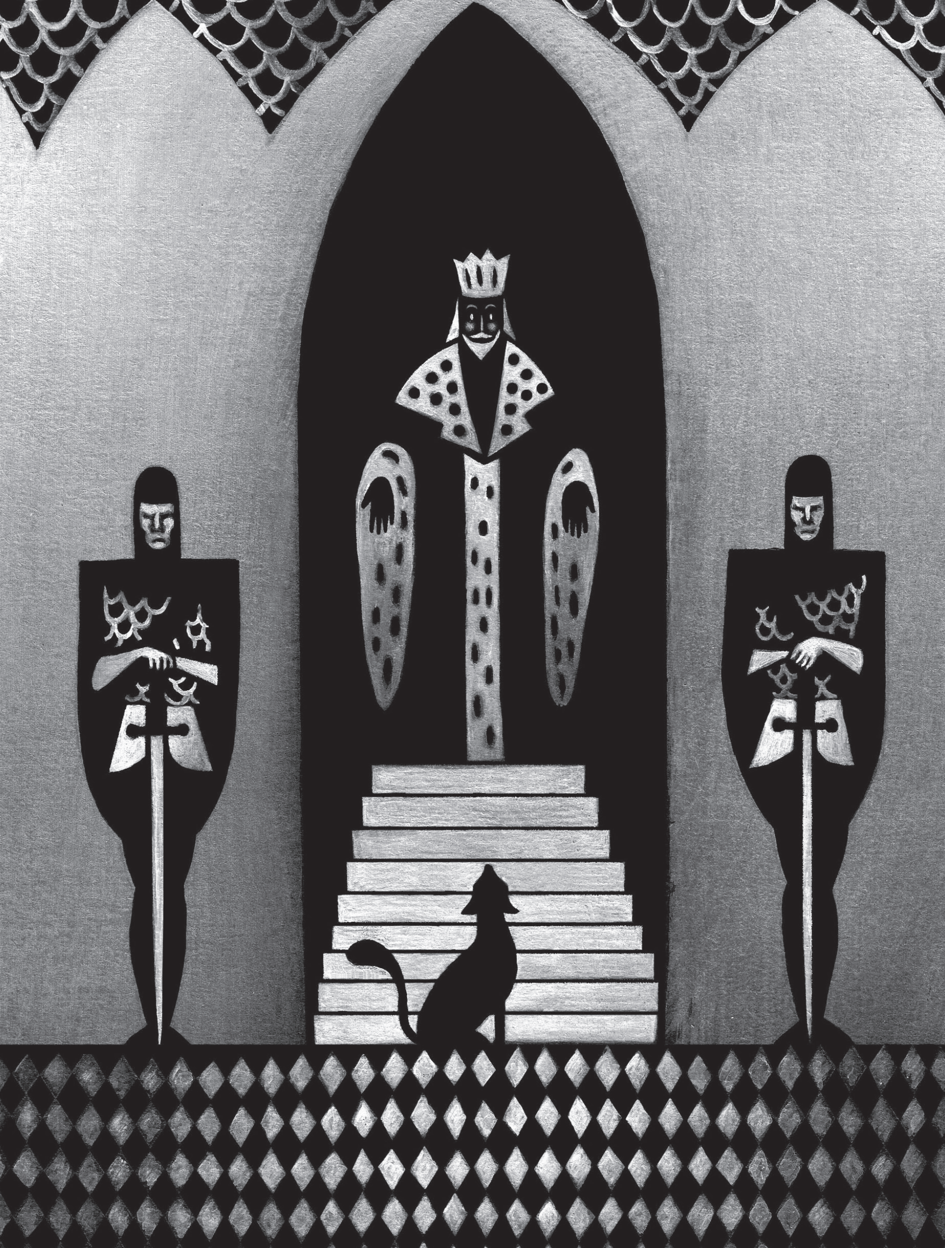
—Mi amo le envía saludos —dijo el zorro—, y le ruega que le preste su barril medidor.

—¡Mi barril medidor! —exclamó el rey, sorprendido—. ¿Quién es tu amo y por qué quiere mi barril medidor?

—¡Shh! —chistó el zorro, como si no quisiera que los cortesanos oyeran lo que decía. Entonces se acercó más al rey y le musitó al oído:

—Seguro ha escuchado hablar de Mikko, ¿no? Lo llaman Mikko el Magnífico.

El rey nunca había oído hablar de ningún Mikko al que llamaran Mikko el Magnífico, pero pensando que tal vez debería haber oído hablar de él, asintió con la cabeza y murmuró:



—¡Hm! ¡Mikko! ¡Mikko el Magnífico! ¡Seguro! ¡Sí, sí, claro que sí!

—Mi amo está a punto de salir de viaje y necesita un barril medidor por una razón muy particular.

—¡Entiendo! ¡Entiendo! —dijo el rey, aunque no entendía nada, y dio órdenes para que trajeran el barril medidor que usaban en la bodega y se lo entregaran al zorro.

El zorro se llevó el barril y lo ocultó en el bosque. Luego se escabulló por todo tipo de rincones y escondrijos alejados del camino donde la gente había atesorado sus ahorros, y desenterró una pieza de oro aquí y una de plata allá, hasta acumular un puñado. Luego volvió al bosque e introdujo las monedas en los resquicios del barril. Al día siguiente volvió adonde el rey.

—Mi amo, Mikko el Magnífico —declaró—, le agradece, oh, rey, por el uso de su barril medidor.

El rey estiró la mano y, cuando el zorro le entregó el barril, echó una ojeada a ver si por casualidad contenía restos de lo que se había medido recientemente. Como era de esperarse, su ojo no dejó escapar el brillo de las monedas de oro y plata incrustadas en los resquicios.

—¡Ah! —exclamó, pensando que Mikko debía de ser un señor muy poderoso para ser tan descuidado con sus riquezas—. Quisiera conocer a tu amo. ¿Por qué no vienen los dos a visitarme?

Esto era lo que el zorro quería que el rey dijera, pero hizo como si dudara.

—Le agradezco a su majestad su gentil invitación —dijo—, pero temo que mi amo no podrá aceptarla en este momento. Él desea casarse pronto y estamos a punto de iniciar un largo viaje para inspeccionar a un par de princesas extranjeras.

Esto hizo que el rey se sintiera aún más deseoso de que Mikko lo visitara en el acto, ya que pensaba que si Mikko veía a su hija antes de ver a aquellas princesas extranjeras, se enamoraría y se casaría con ella. Así que le dijo al zorro:

—Querido amigo, debes convencer a tu amo de que me visite antes de partir a su viaje. ¿Cierto que lo harás?

El zorro miró a un lado y al otro, como si estuviera demasiado avergonzado para hablar.

—Su majestad —dijo al fin—, le ruego que perdone mi franqueza. La verdad es que usted no es lo suficientemente rico como para recibir a mi amo, y su castillo no es lo suficientemente grande como para albergar al inmenso séquito que siempre lo sigue.

El rey, ya frenético por conocer a Mikko, perdió la cabeza por completo.

—Mi querido zorro —exclamó—, ¡te daré cualquier cosa en el mundo si convences a tu amo de que

me visite de inmediato! ¿No podrías sugerirle que viaje con un séquito modesto esta vez?

El zorro negó con la cabeza.

—No. Su regla es viajar con un gran séquito o a pie disfrazado de leñador pobre al que solo yo asisto.

—¿No podrías convencerlo de venir hacia mí disfrazado de leñador pobre? —suplicó el rey—. Una vez que estuviera aquí, podría poner a su disposición atavíos preciosos.

El zorro negó una vez más con la cabeza.

—Me temo que el guardarropa de su majestad no contiene el tipo de prendas a las que está acostumbrado mi amo.

—Te aseguro que tengo muy buena ropa —dijo el rey—. Acompáñame ya mismo y la revisaremos. Estoy seguro de que encontraremos algo que usaría tu amo.

Así que fueron a un salón que era como un gran guardarropa con cientos y cientos de perchas de las que colgaban cientos de abrigos y pantalones y camisas bordadas. El rey les ordenó a sus acompañantes que bajaran las vestimentas una a una y las colocaran frente al zorro.

Empezaron con las prendas más sencillas.

—Esto sería suficientemente bueno para la mayoría de la gente —exclamó el zorro—, pero no para mi amo.

Entonces bajaron trajes más finos.

—Mucho me temo que se está tomando toda esta molestia para nada —dijo el zorro—. Francamente, ¿no se da cuenta de que mi amo no podría ponerse nada de esto?

El rey, que había esperado guardar para su propio uso sus ropas más espléndidas, ordenó que se las mostraran.

El zorro las miró de reojo, las olisqueó pensativamente, y al fin dijo:

—Bien, tal vez mi amo aceptaría usar estas por unos días. No son lo que suele llevar, pero debo decir esto sobre él: no es orgulloso.

El rey estaba rebosante de alegría.

—Muy bien, mi querido zorro, haré que preparen los aposentos de huéspedes para la visita de tu amo y haré que le preparen todo esto, mis mejores vestidos. No me decepcionarás, ¿verdad?

—Haré lo posible —prometió el zorro.

Así, pues, le deseó al rey un buen día cortésmente y corrió a casa a buscar a Mikko.

Al día siguiente, mientras la princesa se asomaba por una de las ventanas superiores del castillo, vio a un joven leñador que se acercaba acompañado de un zorro. Era un joven guapo y robusto, y la princesa, que sabía por la presencia del zorro que

debía ser Mikko, suspiró largamente y le confió a su doncella:

—¡Creo que podría enamorarme de ese joven aun si en realidad fuera un simple leñador!

Más tarde, cuando lo vio vestido con los mejores ropajes de su padre —que le quedaban tan bien a Mikko que nadie los reconocía como propiedad del rey—, se enamoró por completo, y cuando le presentaron a Mikko se sonrojó y tembló como cualquier jovencita ante la presencia de un joven guapo.

Toda la Corte estaba igualmente embelesada con Mikko. Las damas estaban extasiadas por sus modales modestos, su bella figura, y la magnificencia de sus ropas, y los consejeros barbicanos, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación, se decían unos a otros:

—¡Este joven no es nada presumido! A pesar de su gran riqueza, ¡vean cómo nos escucha cortésmente cuando hablamos!

Al día siguiente el zorro se reunió en privado con el rey, y le dijo:

—Mi amo es un hombre de pocas palabras y pronta decisión. Me pide que le diga que su hija, la princesa, le agrada mucho, y que, con su aprobación, se dirigirá a ella en el acto.

El rey estaba muy agitado y empezó a hablar:

—Mi querido zorro…

Pero el zorro lo interrumpió:

—Piénselo bien y cuénteme su decisión mañana.

Así que el rey consultó con la princesa y con sus consejeros, ¡y en poco tiempo se concertó el matrimonio y se llevó a cabo la ceremonia de bodas!

—¿No te lo dije? —exclamó el zorro, cuando estaban él y Mikko solos tras la boda.

—Sí —concedió Mikko—, me prometiste que me casaría con la princesa. Pero, dime, ahora que estoy casado, ¿qué debo hacer? No puedo vivir aquí para siempre con mi esposa.

—Tranquilízate —dijo el zorro—. He pensado en todo. Solo haz lo que digo y no tendrás nada que lamentar. Esta noche dile al rey: «¡Es apenas lógico que venga a visitarme y vea con sus propios ojos el castillo del que será señora su hija!».

Cuando Mikko le dijo esto al rey, el rey no cabía en sí de la felicidad, ya que ahora que la boda había sido oficiada, se estaba preguntando si no se habría precipitado un poco. Las palabras de Mikko lo tranquilizaron y aceptó la invitación con entusiasmo.

A la mañana siguiente, el zorro le dijo a Mikko:

—Ahora me adelantaré y prepararé todo para ti.

—Pero, ¿adónde vas? —exclamó Mikko, temeroso ante la idea de ser abandonado por su pequeño amigo.

El zorro llevó a Mikko aparte y le susurró en voz baja:

—A unos días de marcha de aquí hay un castillo muy hermoso que le pertenece a un viejo y malvado dragón conocido como el Gusano. Creo que el castillo del Gusano te vendría bien.

—Seguramente será así —dijo Mikko—. Pero, ¿cómo se lo vamos a quitar al Gusano?

—Confía en mí —dijo el zorro—. Lo único que tienes que hacer es esto: lleva al rey y sus cortesanos por la carretera principal hasta llegar a un cruce mañana a mediodía. Allí, gira a la izquierda y sigue derecho hasta ver la torre del castillo del Gusano. Si te encuentras con alguien a la orilla del camino, por ejemplo un pastor, pregúntale de quién es y no muestres sorpresa ante la respuesta. Entonces, querido amo, adiós hasta que nos encontremos de nuevo en tu fantástico castillo.

El zorrito se fue trotando con paso elegante y Mikko, la princesa y el rey, seguidos de la corte entera, lo siguieron con más calma.

Al abandonar la carretera principal en el cruce, el zorrito pronto se encontró con diez leñadores con hachas sobre sus hombros. Todos vestían delantales azules de idéntico corte.

—Buen día —dijo el zorro cortésmente—. ¿Ustedes son los hombres de quién?

—Nuestro amo es conocido como el Gusano —dijeron los leñadores.

—¡Ay, pobrecitos! —exclamó el zorro, sacudiendo su cabeza con tristeza.

—¿Qué pasa? —preguntaron los leñadores.

Por unos instantes el zorro fingió estar demasiado abrumado por la emoción como para hablar. Entonces dijo:

—Mis pobres muchachos, ¿acaso no saben que el rey viene con un gran contingente a destruir al Gusano y a toda su gente?

Los leñadores eran hombres de poca monta y la noticia los consternó.

—¿No hay forma de que podamos escapar? —preguntaron.

El zorro se llevó una pata a la cabeza y caviló.

—Bueno —dijo al fin—, existe una manera en la que podrían escapar, y es decirle a todo el que les pregunte que son los hombres de Mikko el Magnífico. Pero si valoran sus vidas, nunca vuelvan a decir que su amo es el Gusano.

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico! —al instante empezaron a repetir los leñadores, una

y otra vez—. ¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Un poco más adelante en el camino, el zorro se encontró con veinte mozos de cuadra, vestidos con los mismos delantales azules, que cuidaban de cien caballos hermosos. El zorro se dirigió a los veinte peones tal como lo había hecho con los leñadores y, antes de dejarlos, ellos también gritaban:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Luego el zorro encontró un rebaño de mil ovejas atendido por treinta pastores, todos vestidos con los delantales azules del Gusano. Se detuvo y habló con ellos hasta que los hizo rugir:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Entonces el zorro siguió su paso hasta llegar al castillo del Gusano. Encontró al mismísimo Gusano adentro, holgazaneando por ahí. Era un dragón enorme y había sido un gran guerrero en su época. De hecho, tanto su castillo como sus tierras, sus sirvientes y sus posesiones habían sido ganados en batalla. Pero habían pasado muchos años desde entonces y ya a nadie le interesaba pelear con él, así que se había vuelto gordo y perezoso.

—Buen día —dijo el zorro, fingiendo estar muy asustado y sin aliento—. Tú eres el Gusano, ¿verdad?

—Lo soy —exclamó el dragón, jactanciosamente—. ¡Soy el gran Gusano!

El zorro fingió agitarse aún más.

—Amigo mío, ¡siento tanta pena por ti! Sin embargo, es obvio que ninguno de nosotros puede pretender vivir para siempre. Bueno, debo apresurarme. Pensé en detenerme aquí un momento y decir adiós.

Inquieto por las palabras del zorro, el Gusano bramó:

—¡Espera un momento! ¿Qué pasa?

El zorro ya se hallaba a la puerta, pero ante la súplica del Gusano se detuvo y dijo por encima del hombro:

—Pues, mi pobre amigo, seguro ya lo sabes, ¿no? ¡Que el rey, con un gran regimiento, está en camino para destruirte a ti y a toda tu gente!

—¡Qué! —resopló el Gusano, tomando un feo color verde por el miedo. Sabía que estaba gordo e indefenso y nunca podría volver a luchar como antaño.

—¡No te vayas todavía! —le suplicó al zorro—. ¿Cuándo viene el rey?

—¡Ya está en la carretera! ¡Por eso debo partir! ¡Adiós!

—Mi querido zorro, ¡quédate solo un momento y te recompensaré con creces! ¡Ayúdame a esconder-

me para que el rey no me encuentre! ¿Qué tal en el cobertizo donde se guarda el lino? Podría arrastrarme bajo el lino, y si cierras la puerta desde afuera, el rey jamás podría encontrarme.

—Muy bien —convino el zorro—, ¡pero debemos darnos prisa!

Así que corrieron al cobertizo donde se guardaba el lino y el Gusano se escondió bajo el lino. El zorro cerró la puerta, y acto seguido incendió el cobertizo. Pronto de ese malvado y viejo dragón no quedó más que un puñado de cenizas.

El zorro convocó a la comitiva del dragón y los convenció de llamarse hombres de Mikko, tal como lo había hecho con los leñadores, los mozos de cuadra y los pastores.

Mientras tanto, el rey y su séquito cubrían lentamente el terreno por el que el zorro se había desplazado tan rápido. Cuando alcanzaron a los diez leñadores en delantales azules, el rey dijo:

—Me pregunto de quién serán esos leñadores.

Uno de sus ayudantes les preguntó a los leñadores y los diez gritaron a voz en cuello:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Mikko no dijo nada, y el rey y toda la Corte quedaron nuevamente impresionados con su modestia.



Un poco más adelante se encontraron con los veinte mozos de cuadra y sus cien briosos caballos. Cuando los peones fueron interrogados, respondieron con un grito:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

«Ciertamente, ¡el zorro dijo la verdad al hablarme de las riquezas de Mikko!», pensó el rey para sus adentros.

Poco después los treinta pastores, al ser interrogados, respondieron en un coro ensordecedor:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Al ver las mil ovejas que pertenecían a su yerno, el rey se sintió pobre y humilde en comparación y los cortesanos cuchichearon entre sí:

—A pesar de sus modales sencillos, Mikko el Magnífico debe ser un hombre tanto más rico y poderoso que el mismísimo rey! De hecho, ¡solo un señor tan grandioso puede ser tan sencillo!

Finalmente llegaron al castillo, que, a juzgar por los uniformes azules de los soldados que custodiaban a puerta, supieron que le pertenecía a Mikko. El zorro salió a darle la bienvenida a la comitiva del rey y, tras él, en dos filas, se situaron todos los sirvientes del castillo. Estos, a la señal del zorro, gritaron al unísono:

—¡Somos los hombres de Mikko el Magnífico!

Entonces Mikko, de la misma manera sencilla que habría usado en la humilde chocita de su padre en el bosque, les dio la bienvenida al rey y a su séquito, y todos entraron al castillo, donde hallaron un gran banquete servido esperándolos.

El rey permaneció allí varios días, y cuanto más veía a Mikko, más le agradaba tenerlo como yerno.

Al partir, le dijo a Mikko:

—Tu castillo es mucho más esplendoroso que el mío, tanto así que estoy dudando en pedirte que vengas a visitar el mío de nuevo.

Pero Mikko tranquilizó al rey, diciéndole con sinceridad:

—Mi querido suegro, ¡cuando entré a tu castillo pensé que era el más hermoso del mundo!

El rey se sintió halagado y los cortesanos cuchichearon entre sí:

—¡Qué amable de su parte decir eso si sabe muy bien cuánto más grandioso es su propio castillo!

Cuando el rey y su séquito se marcharon, el zorrito rojo se acercó a Mikko y le dijo:

—Ahora, amo mío, no tienes razón para sentirte triste y solo. Eres el señor del castillo más hermoso del mundo y tienes por esposa a una dulce y encantadora princesa. Ya no me necesitas más, así que me despediré.

Mikko le agradeció al zorrito por todo lo que había hecho, y el zorrito se fue dando saltitos de camino al bosque.

Así, ya pueden ver que el humilde y anciano padre de Mikko, a pesar de no tener riqueza alguna que dejarle a su hijo, fue en realidad la causa de toda su buena fortuna, ya que fue él quien le dijo en primer lugar que se llevara a casa, vivo, todo lo que pudiera encontrar atrapado en las trampas.

El urogallo encantado

Cuento tradicional

Había una vez una pareja de ancianos que vivían con su hijo y su mujer. El hijo se llamaba Helli. Era un hijo muy obediente, pero su mujer siempre lo andaba regañando. Siempre encontraba defectos en los ancianos y en su marido y, de paso, en todos los demás.

Una mañana, cuando ella vio a su marido sacar su arco y sus flechas, le dijo:

—¿A dónde vas?

—Me voy de caza —respondió él.

—¡Eso es tan típico de ti! —estalló ella—. ¡Te vas de caza para pasarla en grande y no se te ocurre pensar en mí, que tengo que quedarme en casa sola con dos vejestorios!

—Si no saliera a cazar —explicó Helli— y no le disparara a nada, no tendríamos nada que poner en la olla para la cena, y entonces sí que tendrías motivos para regañarme.

Al oír eso, la mujer rompió en llanto.



—¡Sí, claro! Como siempre, ¡todo es mi culpa! ¡Pase lo que pase es mi culpa!

El pobre Helli se marchó corriendo, con la esperanza de que, para cuando volviera, su esposa estaría más calmada. Tuvo poco éxito en la caza. Disparaba flecha tras flecha, pero siempre fallaba. Cuando apenas le quedaba una flecha, vio un urogallo parado en un arbusto, tan cerca que era muy poco probable que se le escapara.

Apuntó bien, pero antes de que pudiera disparar el urogallo exclamó:

—¡No me dispares, hermano! Llévame a casa con vida.

Helli se detuvo, y luego sacudió la cabeza.

—Tengo que dispararte porque no tenemos nada que poner en la olla para la cena.

Otra vez apuntó su flecha, pero el Urogallo repitió:

—¡No me dispares, hermano! Llévame a casa con vida.

Helli se detuvo por segunda vez.

—Quisiera perdonarte la vida —respondió—, pero ¿qué diría mi mujer si llegara a casa con las manos vacías?

Apuntó de nuevo y el urogallo dijo por tercera vez:

—¡No me dispares, hermano! Llévame a casa con vida.

Entonces Helli dejó caer su flecha.

—¡No me importa lo que ella me diga! ¡No puedo dispararle a una criatura que ruega por su vida de forma tan lastimera! Muy bien, señor urogallo, haré lo que me pides: te llevaré a casa vivo. Pero no me culpes si mi mujer te tuerce el pescuezo.

Tomó al urogallo en sus brazos y emprendió el camino a casa.

—Aliméntame durante un año —dijo el urogallo— y te recompensaré.

Cuando llegaron a casa y la mujer de Helli vio al urogallo, gritó con petulancia:

—¡¿Eso es todo lo que traes después de andar cazando toda la mañana?! ¡No está ni cerca de ser suficiente para que cenemos los cuatro!

—No vamos a matar a este urogallo —anunció Helli—. Lo voy a mantener por un año y lo voy a alimentar.

—No se necesita mucho para alimentar a un urogallo —comentó el viejo padre de Helli.

Pero a la mujer le dio un ataque de ira.

—¡¿Qué?! ¡Alimentar a un pájaro inútil cuando no hay lo suficiente para alimentar a tu familia!

Sin embargo, Helli se mantuvo firme y, a pesar de sus amenazas, la mujer no se atrevió a maltratar al urogallo.

Cuando hubo pasado un año, al urogallo le creció una pluma de cobre en la cola, la cual dejó caer en el patio. Luego desapareció.

—¡Ja! —se burló la mujer de Helli—. ¡Una pluma de cobre! ¡Así te pagan por alimentar a ese pajarraco ingrato por un año entero! ¡Y ahora se ha escapado!

Pero al día siguiente, el urogallo regresó.

—Aliméntame un año más —le dijo a Helli— y te recompensaré.

La mujer armó un escándalo por esto, pero Helli se mantuvo firme y, durante un año más, alimentó y mantuvo al urogallo.

Al final del segundo año, al urogallo le creció una pluma de plata en la cola, la cual dejó caer en el patio. Luego desapareció.

—¡Una pluma de plata! —chilló la mujer de Helli—. ¡Eso es todo lo que obtienes por alimentar a ese pajarraco ingrato durante un año entero! ¡Y ahora se ha escapado!

Pero esto no era cierto. El urogallo regresó al día siguiente.

—Aliméntame un año más —le dijo a Helli— y te recompensaré.

Al final del tercer año, al urogallo le creció una pluma de oro en la cola y, cuando la dejó caer en el patio, la irascible mujer ya no tenía mucho que decir,

pues, después de todo, una pluma de oro era un buen pago por un par de puñados de grano.

El urogallo desapareció por un día y, cuando volvió, le dijo a Helli:

—Súbete a mi espalda y te recompensaré.

Así lo hizo Helli y el urogallo, levantando vuelo, se fue muy lejos. Voló y voló hasta llegar al vasto océano. Sobrevolaron el mar hasta que Helli no pudo ver más que agua adondequiera que dirigiera la mirada.

—¡Ja! —se dijo a sí mismo, con un escalofrío—. ¡Espero poder sujetarme bien!

Pero justo mientras hablaba, el urogallo lo dejó resbalar y Helli cayó en picada, directo hacia el mar. Sin embargo, antes de tocar el agua, el urogallo se lanzó debajo de él, lo atrapó y lo llevó de vuelta hacia lo alto. Tuvo esta experiencia aterradora una segunda vez, y una tercera, y en cada ocasión pensó que hasta ahí llegaría su vida.

—Ahora sabes lo que sentí cuando amenazaste tres veces con dispararme tu flecha —dijo el urogallo.

—Ciertamente me has dado una lección —reconoció Helli.

El urogallo siguió volando, cada vez más lejos. Finalmente habló de nuevo:

—Mira al frente, amo, y dime lo que ves.

Helli hizo sombra a sus ojos con la mano y aguzó la vista.

—Adelante, a lo lejos, veo algo que parece ser una columna de cobre.

—¡Bien! —respondió el urogallo—. Esa es la casa de mi hermana mayor. Ella estará dichosa de vernos y, cuando se entere de cómo me perdonaste la vida, querrá hacerte un regalo y te ofrecerá varias cosas. Escucha mi consejo: dile que lo único que quieres es su cajita cerrada, cuya llave se ha perdido. Si no te la da, no aceptes nada.

La hermana mayor del urogallo los recibió calurosamente y, al escuchar su historia, en el acto le ofreció a Helli lo que quisiera de entre sus tesoros.

—Dame entonces tu cajita cerrada, cuya llave se ha perdido —dijo Helli.

La hermana mayor negó con la cabeza.

—¡Mi cajita cerrada! ¿Quién te contó al respecto? Lo siento, ¡pero no puedo dártela! ¡Llévate cualquier otra cosa!

—No —respondió Helli—, ¡eso o nada!

Al no poder convencer a la hermana mayor de regalar su cajita cerrada, el urogallo hizo que Helli se montara en su espalda una vez más y alzaron el vuelo.

—Vamos a visitar a mi segunda hermana —anunció—. Si te ofrece un regalo, pídele su cajita cerrada para la que no hay llave y no aceptes nada más.

Siguieron volando y volando hasta que el castillo de la hermana mayor quedó bien atrás.

—Mira, amo —dijo el urogallo—, mira al frente y dime lo que ves.

Helli hizo sombra a sus ojos con la mano y aguzó la vista.

—Allá, a lo lejos, veo algo que se asemeja a una nube plateada.

—Ese —respondió el Urogallo— es el castillo de plata de mi segunda hermana.

En el castillo de plata, la segunda hermana los recibió con júbilo y, cuando supo quién era Helli, declaró al instante que quería demostrarle su gratitud mediante un regalo.

—Pídeme lo que quieras —dijo—, y será tuyo.

Pero cuando él le pidió su cajita cerrada para la cual no había llave, exclamó:

—¡No! ¡No! ¡Eso no! ¡Lo que sea menos eso!

—¡Pero es que yo no quiero nada más! —respondió Helli.

Cuando el urogallo vio que su segunda hermana no estaba dispuesta a separarse de su cajita cerra-

da, le pidió a Helli que se montara sobre su espalda y de nuevo remontaron el vuelo.

—Esta vez iremos a ver a mi hermana menor —explicó—. Si te ofrece un regalo, pídele lo mismo.

Volaron y volaron, hasta que el castillo de plata se perdió de vista.

—Ahora, amo, mira hacia adelante y dime qué ves.

Helli hizo sombra a sus ojos con la mano y aguzó la vista.

—Me parece ver una neblina dorada como el sol detrás de una nube.

—Ese es el castillo de oro de mi hermana menor.

Llegaron y la hermana menor le dio un abrazo fuerte al urogallo porque lo amaba mucho y no lo había visto en mucho tiempo.

—¡Bienvenido, querido hermano! —exclamó—. ¡Y bienvenido tú también, Helli!

Entonces le ofreció un regalo a Helli y, cuando este le pidió su cajita cerrada para la cual no había llave, ella se la dio de inmediato.

—Es mi más preciada posesión —dijo—, te puedes quedar con ella porque le perdonaste la vida a mi querido hermano cuando pudiste habérsela quitado.

Después de descansar y darse un festín, se despidieron de la hermana menor. Entonces Helli, sosteniendo su valiosa caja en la mano, montó sobre la espalda del urogallo y emprendieron el vuelo hacia su hogar.

—Ten cuidado con la caja —advirtió el urogallo—, y no la sueltes hasta que lleguemos a un lugar hermoso donde te gustaría vivir por siempre.

Atravesaron montañas altísimas, lagos rodeados de bosques y fértiles valles.

—¿Nos detenemos aquí? —preguntó el urogallo—. ¿O aquí? ¿O aquí?

Pero Helli siempre respondía:

—No, aquí no.

Por fin llegaron a casa y el urogallo le anunció a Helli que tenían que despedirse para siempre.

—Al perdonarme la vida tres veces —dijo el urogallo— y luego alimentarme por tres años, has roto el hechizo del que estaba preso, y ya no tendré que seguir viviendo como urogallo, sino que podré recuperar mi forma natural. Adiós, Helli, y cuando encuentres el sitio donde creas que te gustaría vivir por siempre, deja caer la caja y te darás cuenta de que tienes un tesoro que recompensará con creces lo generoso que fuiste conmigo.

El urogallo desapareció y Helli dijo para sí:

—¡Dónde más quisiera vivir por siempre es aquí mismo, en casa, con mi padre y mi madre a quienes quiero tanto, y con mi mujer, que es mi mujer aunque a veces me regañe!

Entonces allí, en casa, después de cenar todos juntos, él dejó caer la caja al piso. Se rompió y de ella surgió un hermoso castillo con sirvientes y riquezas y todo lo que Helli siempre quiso pero nunca tuvo. Y Helli, su viejo padre, su madre y su mujer vivieron en él y fueron muy felices. Y poco a poco su mujer dejó el hábito de regañarlo, porque cuando uno es feliz, no hay por qué regañar.

Islandia



El origen de los elfos

Cuento tradicional

Un buen día Dios todopoderoso fue a visitar a Adán y Eva, quienes lo recibieron calurosamente y le enseñaron toda su casa. Asimismo le mostraron a sus hijos, los cuales le parecieron harto prometedores. Preguntó a Eva si no tenían más hijos, además de los que había conocido, pero ella contestó que no. Sin embargo, la verdad es que a Eva no le había dado tiempo a lavar a toda su prole y le daba vergüenza que Dios los viera, por lo que los escondió. Este extremo, no obstante, era conocido por Dios, quien dijo:

—Que todo lo que se oculte a mí, también se oculte a los hombres.

Y a partir de entonces los hijos sin lavar fueron invisibles a los ojos de la gente y habitaron los montes y las lomas, las colinas y las rocas. De ellos provienen los elfos, mientras que los humanos son descendientes de aquellos que Eva sí presentó a Dios.



Los humanos nunca pueden ver a los elfos, a menos que estos así lo deseen, y, sin embargo, ellos pueden ver a los humanos y dejarse ver a su antojo.

Padre de dieciocho en el País de los Elfos

Cuento tradicional

Sucedió una vez, en cierta granja, un verano, cuando todo el mundo estaba fuera en el campo —a excepción de la señora—, con las labores de la siega. Ella se encontraba en casa, ocupándose de los quehaceres del hogar, sola con su hijo de tres años. Hasta entonces el chico había crecido y se había desarrollado bien. Tenía ya un habla fluida y era inteligente y excepcionalmente prometedor.

Ahora bien, como la mujer tenía que atender diversos trabajos del hogar, además de cuidar del niño, llegó un momento en el que tuvo que dejarlo solo un tiempo mientras ella llevaba las cantinas de leche a un cercano riachuelo para lavarlas. Había dejado al crío en la puerta de entrada, pero cuando regresó, un buen rato después, y habló con el niño, este le gritó y aulló de un modo iracundo y horrísono, como nunca antes había oído. Antes el chico había sido de temperamento equilibrado y afable y

de disposición obediente, y ahora, sin embargo, todo lo que obtenía de él eran feos gritos y aullidos.

A este suceso siguió, pues, una temporada en la que el niño no volvió a proferir palabra alguna y estaba tan irritable y caprichoso que la mujer no sabía cómo reaccionar a este cambio en su comportamiento. Lo que es más, dejó de crecer y comenzó a comportarse como un zopenco.

Todo esto afligía a la madre y en su desesperación acudió a una vecina que tenía reputación de inteligente y de ver más allá que la mayoría, y le contó la desgracia que había caído sobre ella. La mujer le preguntó cuánto hacía exactamente que el niño había adoptado este comportamiento irracional y cómo pensaba ella que había ocurrido. La madre del niño le contó todo lo que había acontecido.

Cuando la sabia vecina hubo escuchado todos los pormenores, le dijo:

—¿No se te ha ocurrido, querida mía, pensar que el niño puede ser un *sustituto*? En mi opinión el cambio se produjo mientras estuvo solo en el umbral de la puerta.

—No lo sé —dijo la madre—. ¿Puedes enseñarme algún modo para averiguarlo?

—Creo que sí —contestó la vecina—. Deja al chico solo en alguna ocasión, y asegúrate de que ocurra



algo que sea novedoso para él. Seguro que entonces dirá algo, si no ve a nadie cerca. Pero tú debes escuchar a escondidas lo que dice, y si encuentras el monólogo del chico extraño y sospechoso, entonces pégale sin contemplaciones hasta que algo suceda.

Con esto terminaron las dos mujeres su conversación. La madre del niño le agradeció a la vecina su buen consejo y partió hacia casa. De vuelta en el hogar, colocó un pequeño caldero con asas en el centro de la cocina. Luego buscó unos cuantos palos de escoba y los ató juntos, hasta que la parte más alta hubo recorrido toda la chimenea de la cocina, mientras que en el extremo más bajo ató un cucharón, dejándolo dentro de la cazuela. Habiendo llevado a cabo estas maniobras en la cocina, se fue a por el niño y lo dejó solo allí. Luego salió y se escondió tras la puerta, desde donde pudo ver y oír por la ranura entre la jamba y la puerta todo lo que sucedía en la cocina.

Al rato vio cómo el chico empezaba a curiosear alrededor del caldero con el cucharón, examinándolo muy de cerca para luego decir:

—Soy tan anciano como mis bigotes testifican, un padre de dieciocho en el País de los Elfos, pero en mi vida había visto un palo tan largo en un pote tan pequeño.

Al oír esto, volvió la mujer a la cocina con una gran escoba de abedul, agarró al *sustituto* y lo golpeó sin miramientos largo rato, mientras este aullaba espantosamente. Después de haberlo así azotado un tiempo, vio a una extraña mujer entrar en la cocina con un precioso pequeñín en los brazos, al que besaba y abrazaba, diciendo:

—¡Qué diferentemente nos comportamos! Yo tengo entre algodones a tu hijo, mientras tú pegas a mi marido.

Dicho lo cual, puso al niño en el suelo, al hijo de la mujer, y tomó a su marido, desapareciendo ambos al instante.

A partir de entonces, el chico creció con su madre y se convirtió en un buen hombre.

Búkolla y el muchacho

Cuento tradicional

Había una vez un hombre que vivía con su esposa en su cabaña. Tenían un hijo, al que no profesaban cariño alguno. Estaban solo ellos tres en la finca. La pareja también tenía una vaca, la cual era su único ganado. Esta se llamaba Búkolla.

Un día la vaca parió un ternero, y la mujer la asistió mientras paría. Cuando la vaca hubo parido y se recuperó, la mujer entró corriendo en la casa. Poco después volvió al establo a ver cómo se encontraba el animal, pero Búkolla había desaparecido. El hombre y su esposa salieron enseguida a buscarla, y la buscaron por mucho tiempo y en muchos lugares, pero sin resultado. Regresaron a casa con un humor de mil demonios, ordenando al chico que saliera y no volviera a asomar por la cabaña hasta que trajera de vuelta a la vaca. Y le dieron vituallas y calzado nuevo para el camino, y con esto el muchacho partió a la buena de Dios.



Anduvo mucho, mucho tiempo, hasta que sintió hambre y se sentó a comer. En su desesperación, dijo:

—¡Muge ya, mi Búkolla, si con vida sigues en alguna parte!

Entonces, desde muy, muy lejos, oyó responder a la vaca.

De nuevo el hijo del granjero caminó mucho, mucho tiempo, antes de sentarse a comer otro bocado. Entonces repitió:

—¡Muge ya, mi Búkolla, si con vida sigues en alguna parte!

En esta ocasión oyó a la vaca mugir algo más cerca que antes.

Una vez más caminó mucho, mucho tiempo, hasta que alcanzó el borde de un tremendo precipicio. Allí se volvió a sentar a comer, diciendo de nuevo como antes:

—¡Muge ya, mi Búkolla, si con vida sigues en alguna parte!

Entonces oyó a la vaca mugir justo bajo sus pies.

El muchacho descendió por el precipicio y al llegar al fondo vio una inmensa cueva excavada en él. Entró y allí, amarrada a una pared, encontró a Búkolla. La desató de inmediato y la condujo fuera, de vuelta a casa.

Pero después de haber recorrido tan solo una pequeña parte del camino, vio que una enorme giganta lo perseguía, acompañada por otra menor. Pronto se dio cuenta de que la giganta con sus grandes zancadas lo alcanzaría enseguida, y dijo:

—¿Qué hacemos ahora, mi Búkolla?

—Arranca un pelo de mi rabo y ponlo en el suelo —respondió la vaca. Y así lo hizo.

Entonces Búkolla le dijo al pelo:

—Te invoco y te ordeno que te conviertas en un río tan grande que solo lo puedan vencer las aves en su vuelo.

En ese mismo instante el cabello se transformó en una impetuosa corriente.

Al llegar la giganta al río, gritó:

—¡Esto no te bastará, pequeñuelo! —y le dijo a la giganta más chica:

—¡Corre a casa, niña, y trae el toro grande de mi padre!

La joven se fue y al poco volvió con un enorme toro, que rápidamente se bebió hasta la última gota del río.

De nuevo el hijo del granjero vio que la giganta lo iba a alcanzar pronto con sus largas zancadas, y dijo:

—¿Qué hacemos ahora, mi Búkolla?

—¡Arranca un pelo de mi rabo, y ponlo en el suelo! —contestó ella. Y así lo hizo.

Entonces Búkolla le dijo al pelo:

—Te invoco y te ordeno que te conviertas en un fuego tan grande que solo lo puedan vencer las aves con su vuelo

Tan pronto como hubo hablado, el cabello se convirtió en una gran llamarada.

Al llegar la giganta al fuego, gritó:

—¡Esto no te bastará, pequeñuelo! —y le ordenó a la giganta más chica:

—¡Ve a casa y trae el toro grande de mi padre, niña!

Y esta se fue, y volvió con el toro, el cual orinó sobre las llamas toda el agua que se había bebido del río y apagó el fuego.

Una vez más el hijo del granjero vio que la giganta lo alcanzaría enseguida con sus grandes zancadas y dijo de nuevo:

—¿Qué hacemos ahora, mi Búkolla?

—¡Arranca un pelo de mi rabo y ponlo en el suelo!

Hecho esto, le dijo al pelo:

—Te invoco y te ordeno que te conviertas en una montaña tan grande que solo la puedan vencer las aves con su vuelo.

Acto seguido el pelo se tornó una montaña tan alta que el hijo del granjero solo alcanzó a ver el cielo azul.

Al llegar la giganta a la montaña, gritó:

—¡Esto no te bastará, pequeñuelo! —y a la giganta más chica le ordenó:

—¡Ve a traer el gran taladro de mi padre, niña!

La joven fue, y volvió con el taladro. La giganta entonces perforó un agujero a través de la montaña. Pero cuando pudo ver por él al otro lado, fue tan imprudente como para meterse precipitadamente en el boquete que era demasiado pequeño para ella, y se quedó atascada. Finalmente quedó convertida en piedra, en el mismo agujero. Y allí es donde se encuentra todavía.

El hijo del granjero volvió a casa sano y salvo con su Búkolla, y el hombre y su esposa lo recibieron con mucha alegría.

Oro de serpientes

Aðalsteinn Ásberg Sigurðsson

Negro. Rojo. Negro. Rojo. Negro. Coloreaba con fuerza y, contrariamente a su costumbre, saliéndose de vez en cuando de las líneas. Este era el último dibujo del libro de colorear: una chica que lucía un vestido estampado con numerosos lunares. Rojo. Negro. Rojo.

Hulda estaba tumbada boca abajo en la cama y no era nada cómodo colorear así sobre una superficie blanda, pero resultaba que tenía la cabeza en otra cosa que no tenía nada que ver con el dibujo del libro. Sin embargo, quizás este era el último libro de colorear que iba a tener. Y no le importaba demasiado. Más grave sería si no pudieran comprar comida y solo tuvieran gachas para comer todos los días. Notó que tenía hambre. Las cosas no podían seguir así. Alguien tenía que hacer algo. Mamá se había puesto tan triste. Y después de quedarse desempleado, papá se había vuelto irritable y malhumorado. Ahora, por

cierto, había conseguido trabajo, durante unos días, con un conocido suyo, pero no era una cosa segura.

—El sueldo apenas alcanza para pagar los plazos del apartamento —dijo papá, y a Hulda no le parecía que, al menos, le alegrase tener algún trabajo.

Hulda llevaba semanas preguntándose qué podía hacer para ayudar. Había intentado imaginar alguna manera para conseguir mucho dinero. Pero no es nada fácil ganar dinero. Eso lo había dicho papá muchas veces. Ni siquiera cuando mamá tuvo que ponerse a trabajar doble tenían suficiente para todo lo que hacía falta comprar.

—Estamos hasta las cejas de deudas —suspiró mamá—. Y da igual que trabajemos de sol a sol.

Hacía mucho que Hulda no preguntaba cuándo le iban a regalar una bicicleta más grande. La vieja ya le resultaba tan pequeña que parecía una jorobada cuando intentaba montar. Y puestos a escoger, prefirió guardarla detrás de la casa y pretender que no tenía ganas de montar en bici. No, no era fácil para una niña de ocho años salvar la economía familiar. Por supuesto, podría intentar recoger latas de refrescos y cascos vacíos y cobrar el reembolso, pero no daban mucho por ellos. Por ejemplo, se necesitaban veintidós cascos para tener suficiente para dos litros de leche.

De repente, Hulda dejó de colorear y tiró el libro. Había tenido una idea y ¡qué idea! A su cabeza le había venido una antigua leyenda sobre una serpiente que yacía sobre oro y, a medida que la serpiente crecía, el oro también crecía. ¿Por qué no lo había recordado antes? La verdad es que tampoco recordaba cómo acababa la historia, pero eso no debería importar mucho. Estaba convencida de que era una idea genial que podría solucionar todos los problemas de la familia. Lo único que tenía que hacer era encontrar una serpiente y un poco de oro y luego esperar a que el oro creciera. En cuanto fuera lo suficientemente grande, lo podría vender por mucho dinero. El oro es tan valioso que podrían pagar todas las deudas y darse una vida de lujos con lo que sobre. Solo tendría que procurar que el oro fuera lo bastante grande para que sobrase.

Y manos a la obra. Hulda estaba sola en casa y lo mejor era hacer lo que había que hacer con tranquilidad. Pero ¿dónde conseguiría oro? No tenía nada de oro, ni sus padres tampoco. Aparte de sus alianzas, claro. Se puso a cavilar durante un rato. ¡Una moneda de cincuenta coronas! A veces papá la llamaba doblón de oro. Seguro que contenía oro. Decidió usar una moneda de cincuenta coronas. Simplemente tendría que valer. Y debía de haber una en su alcancía.

Buscó la alcancía y la volcó, agitándola en un intento de sacar las monedas, pero no sin cierta dificultad. Primero aparecieron solo tres monedas de una corona y una de diez. Sacudió la alcancía con más energía. Salieron dos de cinco. Incluso escuchó el crujido de un billete dentro. Pero, de repente, saltó una brillante moneda dorada por la ranura, rebotando hasta el suelo. Hulda tuvo que ponerse a cuatro patas y gatear bajo la cama para buscarla. Agarró la moneda, apretándola con fuerza entre sus dedos. Luego se sentó al escritorio, volteando las cincuenta coronas en la palma de la mano. Era una moneda brillante y bonita. En la cara lucía la cifra 50 y la imagen de un cangrejo. En el reverso llevaba las palabras CINCUENTA CORONAS e ISLANDIA 1994, además de los cuatro entes protectores de Islandia: el águila, el dragón, el toro y el gigante. Era una moneda pesada. No muy grande, pero pesada.

En uno de los armarios de la cocina Hulda encontró un frasco de vidrio vacío. Lo llevó a su habitación y guardó la moneda dentro. Los entes protectores miraban hacia arriba. Ahora solo le faltaba encontrar una serpiente para que yaciera sobre el oro. ¿Qué clase de serpiente debería ser? Le pareció recordar que la llamaban serpiente de brecina en la historia, pero tal vez eso era una cosa sin importan-

cia. Podría salir al jardín y buscar una lombriz. Allí, detrás de la casa, solía haber un montón de lombrices. Quizás era mejor tener más de una para que el oro creciera más de prisa. No, para eso tendría que tener más doblones de oro. Seguramente, una lombriz normalita bastaría.

Junto a la pared de la casa había unas macetas de flores y Hulda sabía que allí en la tierra se escondían lombrices. Solían reptar hasta el césped y las losas de las veredas cuando llovía y tal vez también durante la noche. Le daban un poco de asco. En algunas ocasiones, Siggi, el vecinito de al lado, le había hecho bromas pesadas, persiguiéndola por toda la calle, con una lombriz enorme en la mano.

Hacía buen tiempo y no se veían lombrices por ninguna parte. Hulda buscó un palito y lo clavó en la maceta. Vio dos bichitos negros, pero ninguna lombriz que diera señales de vida. Después de remover la tierra bastante por fin dio con una, gordita y de color ocre, en rápida retirada, medio escondida en la tierra. La agarró y logró sacarla a la luz del día. No era una lombriz grande, pero le pareció que tenía el tamaño justo como para poder yacer sobre el doblón de oro.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó alguien a sus espaldas de repente.

Hulda volvió la vista atrás, sobresaltada. Siggi estaba de pie junto a la tapia, observándola.

—Nada —contestó Hulda, escondiendo la lombriz en la palma de la mano. No quería que Siggi se enterase de lo que hacía.

—Que sí que estás haciendo algo —dijo Siggi, saltando la tapia.

Hulda se puso en pie. La lombriz le hacía cosquillas y en un acto reflejo escondió la mano detrás de la espalda. Siggi tenía tanta curiosidad que casi se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó, ahora justo a su lado.

—No es asunto tuyo —replicó Hulda cortante, decidida a que no descubriera lo que estaba haciendo—. Solo estoy mirando una cosa.

Siggi daba brincos a su alrededor, obviamente esperando que le contase lo que había encontrado. La lombriz se retorcía en la mano de Hulda, y lo que más le apetecía era tirarla.

—Adiós —dijo y salió corriendo. Y en un santiamén dobló la esquina de la casa, entró en ella, cerrando la puerta tras de sí de un portazo. Detrás quedó Siggi, quien se puso a remirar la maceta donde ella había estado removiendo la tierra.

Una vez en su habitación, Hulda colocó la lombriz con cuidado en el fondo del frasco, junto a la moneda de cincuenta. Enseguida el bicho se acomodó encima de la moneda, removiéndose durante un rato. Tal vez estaba haciendo algo para que el oro creciese. Hulda volvió a enroscar la tapita del frasco, pero entonces se le ocurrió que la lombriz se podría asfixiar si no tenía un agujero por donde respirar. Volvió a desenroscar la tapa, la llevó hasta la cocina y le hizo unos cuantos agujeritos con un martillo y un clavo que encontró en el cajón de las herramientas. Luego puso la tapa otra vez en el frasco. La lombriz se enroscó alrededor del doblón de oro y pareció encontrarse a gusto.

Hulda escuchó pasos en el pasillo. Debía de ser mamá que entraba a casa. Se dio prisa en guardar el frasco bajo la cama. Este asunto era un secreto que nadie debía averiguar.

Esa noche se acostó pronto, pero le costó dormirse. Lo único que tenía en la cabeza era la lombriz que yacía sobre el oro bajo su cama. A escondidas buscó el frasco para mirar su contenido. Creyó observar que la moneda había crecido un poco. Luego metió el bote muy al fondo bajo la cama.

Durante la noche Hulda soñó que la lombriz se había vuelto tan grande que ya no cabía en el bote,

así que se libró de él, rompiéndolo en mil pedazos. La moneda de oro también se había vuelto gigantesca. La lombriz se puso encima de ella en medio de la habitación, y luego una y otra crecían y crecían a gran velocidad. Hulda ya no cabía en su habitación y no sabía qué hacer. Si la cosa seguía así, la casa ya sería demasiado pequeña y la lombriz dejaría todo hecho añicos.

Hulda suspiró aliviada al despertar y descubrir que solo había sido un sueño. Se encontraba en su cama y la habitación estaba como siempre. Salió a toda prisa de la cama para mirar bajo ella. El frasco seguía en su sitio, con la lombriz sobre la moneda, y era como si hubiera crecido un poco durante la noche. Todo parecía ir viento en popa.

El día transcurrió muy lentamente. Hulda fue a visitar a una amiga, pero pasó todo el rato pensando en la lombriz y el oro, por lo que ningún juego le entretuvo. Después volvió a casa para observar la lombriz.

Hulda sacó el frasco de su escondite bajo la cama, pero no le gustó lo que vio. La lombriz se había ennegrecido y había dejado de moverse. Quitó la tapa del frasco y tocó la lombriz con la punta del dedo. No pasó nada. La tocó un poquito más fuerte, pero el animal siguió inmóvil. Saltaba a la vista que



había muerto. A Hulda le asomaron las lágrimas a los ojos. La lombriz estaba muerta. Ahora todo era inútil. El oro había dejado de crecer. Pescó la moneda de cincuenta coronas del frasco. Ya no estaba brillante ni bonita porque la lombriz la había ensuciado toda. Hulda se sorbió los mocos y sintió un cierto enfado. Le pareció que la lombriz le había estropeado todo el plan.

La niña se metió la moneda en el bolsillo, pensando que, visto lo visto, lo mejor sería gastarse ese dinero. Salió disparada de casa y bajó la calle corriendo hasta la tienda de golosinas de la esquina. Allí se quedó, estirándose todo lo que podía para ver por encima del mostrador. En principio pensó comprarse un caramelo o un chicle, pero de repente se le ocurrió una idea genial.

—Deme un boleto de lotería instantánea —le dijo al dependiente cuando este se fijó en ella.

—Bueno, bueno. ¿Vas a probar suerte? Aquí tienes —contestó el dependiente, ofreciéndole que escogiera uno del montón. Luego Hulda le dio la moneda de cincuenta y salió corriendo de la tienda, con el boleto en la mano.

Papá ya estaba en casa cuando regresó. Resolvió pedirle que la ayudara a rascar el boleto de lotería. Papá ni siquiera preguntó dónde ni cómo había

conseguido el billete. Se sentaron en el salón. Hulda estaba que se moría de los nervios. Papá la miró con expectación y comenzó a rascar el boleto con un clip.

—¡Ya! Ahora te toca a ti —dijo, dándole a Hulda el boleto y el clip.

Hulda continuó la tarea, rascando con cuidado el lacrado de los dos primeros cuadrados superiores. Luego, impaciente, rascó todos los restantes de un tajo. Oyó que su padre detuvo la respiración.

—¡Has ganado! —gritó, arrebatándole el boleto a Hulda—. Tienes el premio gordo.

Hulda se quedó de piedra, sin apenas podérselo creer. Papá la abrazó, se puso de pie y giró en redondo con ella en brazos. Ambos reían y Hulda preguntó si iba a ganar mucho dinero.

—Quinientas mil —contestó papá, y Hulda nunca antes lo había visto tan contento.

—¿Y eso son muchos ceros? —preguntó la niña.

—Un montón —replicó papá—. Primero viene la cifra quinientos, y luego siguen tres ceros. El número cinco y luego cinco ceros. Eso son quinientas mil coronas.

—¿Entonces somos ricos?

—Tanto que nos sale el dinero por la orejas —dijo papá—. ¿Y sabes una cosa? También he en-

contrado otro trabajo, así que, de verdad, podemos celebrar por todo lo alto este día de fortuna.

—¿Sabes por qué he ganado? —preguntó Hulda.

—No —contestó papá—. ¿No crees que simplemente ha sido buena suerte?

Hulda sacudió la cabeza entre risas, y le contó toda la historia de la moneda de oro y la lombriz que buscó para que yaciera sobre ella.

—¡Estupendo! —exclamó papá—. Usaremos el oro de la serpiente para celebrar y para comprar todo lo que se nos antoje y pagaremos las deudas con el dinero que gane trabajando.

—¿Entonces tal vez pueda tener una bici nueva? —preguntó Hulda.

—Tendrás la bici más chévere del mundo —contestó papá mientras seguía mirando el boleto de lotería por todos lados.

Cuando mamá llegó a casa, Hulda y su padre la esperaban en el salón, vestidos con su mejores galas. Mamá no comprendía a qué venía todo aquello, pero papá le dijo que antes de que le revelasen el misterio se tenía que arreglar también.

Mamá tardó inusualmente poco en cambiarse. Se sentó al lado de papá, y compuso un gesto de interrogación.

—Papá ya tiene otro trabajo —dijo Hulda, sonriendo de oreja a oreja—. Y yo…

—¡Calla, calla! —exclamó papá—. Ahora me toca a mí. ¿Puedo? Te presento a la princesa que ganó todo el oro de la serpiente. Ni más ni menos que quinientas mil coronas. Nos va a invitar a cenar en un restaurante.

Mamá les dio un beso a los dos, abrazándolos. Luego le contaron toda la historia de la ocurrencia de Hulda.

—Yo tendré una bici nueva y tú, un vestido nuevo —dijo Hulda.

—Y yo, la mitad del reino —apostilló papá.

Hulda daba saltos de alegría. Sabía que era una suerte excepcional ganar tanto dinero, aunque pensó que tenía que ser gracias a la lombriz. Y en lo más profundo de su corazón estaba completamente convencida de que las lombrices y las serpientes podían hacer que creciera el oro.

Noruega



El rey Valemón, el oso blanco

Cuento tradicional

Érase una vez un rey. Tenía dos hijas feas y muy malas pulgas, pero la tercera era hermosa y risueña como el día, y el rey y todos la querían mucho. En cierta ocasión soñó con una guirnalda de oro tan preciosa, que ya no pudo concebir su vida sin ella. Pero, como no la encontraba, languideció y no era capaz ni siquiera de hablar de lo triste que estaba. Cuando el rey supo que la guirnalda era el motivo de su aflicción, ordenó hacer un modelo de la guirnalda con la que había soñado la princesa y mandó llamar a los orfebres de todo el país para preguntarles si eran capaces de hacer una igual. Trabajaron día y noche, pero la princesa tiró unas desdeñosamente y otras no quiso ni verlas. Mas sucedió que, estando una vez en el bosque, vio un oso blanco que tenía la guirnalda de su sueño entre las patas y jugaba con ella. Entonces le propuso comprársela.

No, no estaba en venta por dinero: solamente la tendría si él la tenía a ella. Sí, la vida no merecía la pena sin la guirnalda, dijo la muchacha; no le importaba adónde había de ir ni a quién había de pertenecer. El oso le entregó la guirnalda y acordaron que iría a buscar a la joven al cabo de tres días, el jueves.

Cuando llegó a casa con la guirnalda, todos se alegraron de verla contenta de nuevo; el rey pensó que no podía ser tan difícil frenar a un oso. Al tercer día ordenó al ejército entero que rodease el castillo para cuando llegara al oso blanco. Pero cuando se presentó el oso, no hubo nadie que pudiera contenerlo, pues nada le hacía mella; se deshacía de los soldados a un lado y a otro, de modo que yacían formando montones. El rey pensó que aquello le estaba causando un gran perjuicio, así que envió a su hija mayor; el oso blanco la hizo subir a su lomo y se marchó con ella. Cuando llevaban mucho, mucho tiempo caminando, el oso blanco le preguntó:

—¿Te has sentado en asiento más blando, has visto más claro?

—Sí; en el regazo de mi madre me he sentado en asiento más blando, en la casa de mi padre he visto más claro.

—Entonces no eres la auténtica —dijo el oso blanco, y la condujo de nuevo a su casa.

El jueves siguiente, el oso volvió y sucedió lo mismo. El ejército salió a detener al oso blanco, pero ni el hierro ni el acero le hicieron mella; los abatió como hierba y el rey tuvo que rogarle que cesara. Luego envió a su segunda hija; el oso blanco la hizo montar en su lomo y se marchó con ella. Cuando llevaban mucho, mucho tiempo caminando, el oso blanco le preguntó:

—¿Has visto más claro, te has sentado en asiento más blando?

—Sí; en la casa de mi padre he visto más claro; en el regazo de mi madre me he sentado en asiento más blando.

—Entonces no eres la auténtica —dijo el oso blanco, y la devolvió a su casa.

La noche del tercer jueves acudió de nuevo. Aquella vez atacó con más fuerza aun que las otras veces, con lo cual el rey pensó que no podía dejar que acabara con todo su ejército y le entregó a su tercera hija encomendándola a Dios. Entonces la cargó sobre su lomo y viajaron mucho, mucho tiempo, y cuando estaban muy lejos, en el bosque, el oso blanco le preguntó, igual que a las otras, si se había sentado en asiento más blando y si había visto más claro.

—No, nunca —respondió ella.

—Sí, tú eres la auténtica —dijo él.

Finalmente llegaron a un palacio de tal magnificencia que el de su padre era una misérrima morada de campesino comparado con él. Allí llevaría una vida fastuosa y su única tarea consistiría en vigilar que nunca se apagara el fuego. El oso se ausentaba durante el día, pero por la noche estaba con ella y entonces asumía figura humana. Pasaron tres años y todo fue perfectamente, pero la princesa tuvo una criatura cada año y él se la llevaba nada más venir al mundo. Así pues, ella estaba cada vez más apesadumbrada y le rogó que le permitiese ir a su casa a ver a sus padres. Sí, no había nada en contra, pero antes debía prometerle obedecer a su padre en lo que le dijera, pero no a su madre en lo que deseara que hiciera. Se fue, pues, a casa. Cuando se hallaron a solas los tres y la princesa les contó cómo era su vida, la madre le dijo que le daría una vela para que pudiese ver cómo era él. Pero el padre dijo:

—No, no debe hacer tal cosa; traerá daño y no provecho.

Pero, fuera como fuese, la princesa se llevó la vela cuando partió. Lo primero que hizo cuando él se durmió fue encenderla y alumbrarlo con ella; era tan hermoso que pensó que nunca se cansaría de mirarlo. Pero mientras lo contemplaba con la vela en alto, le cayó en la frente una gota de cera y se despertó.



—¿Qué has hecho? —le dijo—. Has causado la desgracia de los dos: ya no faltaba más que un mes; si hubieras resistido, yo habría quedado libre, pues una ogresa me ha embrujado y de día soy un oso blanco. Pero ahora estamos perdidos; he de ir a su casa y tomarla por esposa.

Ella lloró y se lamentó, pero él no tenía más remedio que partir y partió. Ella le preguntó si podía acompañarlo. Era imposible, le contestó, pero cuando él se fue en forma de oso, la princesa tomó también una piel, se la puso sobre la espalda y se la sujetó bien. Anduvo por montes y pedregales, pasó por breñas y zarzas, hasta que la ropa se le desgarró y era tal su extenuación que cayó al suelo y perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, se vio en un gran bosque; reemprendió la marcha, pero no sabía adónde la llevaban sus pasos. Al cabo de mucho tiempo llegó a una cabaña donde había dos mujeres, una anciana y una preciosa muchacha.

La princesa les preguntó si habían visto al rey Valemón, el oso blanco.

—Sí, pasó por aquí esta mañana temprano, pero caminaba tan deprisa que nunca lo alcanzarás.

La muchacha correteaba por allí jugando con unas tijeras de oro que solo con cortar con ellas en el aire volaban a su alrededor piezas de seda y tiras

de terciopelo. ¡En verdad que nunca les faltaba la ropa!

—Pero esta mujer, que habrá de ir tan lejos y por caminos tan ásperos, tendrá que afanarse mucho —dijo la jovencita—; sin duda, va a necesitar más que yo estas tijeras para cortarse vestidos —y pidió permiso para dárselas.

Sí, lo tenía.

La princesa estuvo todo el día y toda la noche andando por el bosque, que parecía no acabarse nunca, y por la mañana llegó a otra cabaña en la que había asimismo dos mujeres, una vieja y otra aún una chiquilla.

—Buenos días —las saludó—. ¿Han visto al rey Valemón, el oso blanco?

—¿Eres tú quizá la que va a casarse con él? —dijo la mujer mayor.

Sí, lo era.

—Bueno, ayer pasó por aquí, pero caminaba tan deprisa que no lo alcanzarás nunca.

La doncellita estaba jugando en el suelo con una botella que escanciaba cuanto se deseaba. ¡En verdad que nunca les faltaba la bebida!

—Pero esta pobre mujer, que habrá de ir tan lejos y por caminos tan penosos, creo yo que padecerá sed y sufrirá muchas otras penalidades —dijo—; sin

duda va a necesitar esta botella más que yo —y pidió permiso para dársela.

Sí, concedido.

Así pues, la princesa tomó la botella, dio las gracias y marchó de nuevo a través del bosque, todo el día y toda la noche. A la tercera mañana llegó a otra cabaña, y en ella había igualmente una vieja y una niña.

—Buenos días —las saludó.

—Buenos días para ti —respondió la anciana.

—¿Han visto al rey Valemón, el oso blanco?

—¿Eres tú quizá la que va a casarse con él? —interrogó la mujer.

Sí, lo era.

—Pues pasó por aquí ayer por la noche, pero caminaba tan deprisa que nunca lo alcanzarás.

La niña estaba jugando en el suelo con un mantel, que era tal que cuando se le decía: «¡Mantel, extiéndete y cúbrete de ricos manjares!», así lo hacía. ¡A fe que nunca les faltaba la buena comida!

—Pero esta pobre mujer, que habrá de ir tan lejos y por caminos tan ásperos, padecerá hambre y sufrirá muchas otras penalidades —dijo la pequeña—; sin duda va a necesitar más que yo este mantel —pidió permiso para dárselo y lo obtuvo.

Así pues, la princesa tomó el mantel, dio las gracias y continuó un largo tiempo por el mismo

bosque tenebroso, todo el día y toda la noche, y por la mañana llegó a un declive liso como una pared y tan ancho y tan alto que no se le veía el fin. También al pie de este había una cabaña; entró y sus primeras palabras fueron:

—Buenos días. ¿Has visto al rey Valemón, el oso blanco?

—Buenos días para ti —dijo la mujer que allí vivía—. ¿Eres acaso tú la que va a casarse con él?

En efecto, lo era.

—Sí, hace tres días subió a esta montaña, pero nadie puede subir allí a menos que tenga alas.

Aquella cabaña estaba llena de niños pequeños, y todos se agarraban a las faldas de su madre pidiéndole de comer. La mujer puso al fuego una olla llena de piedrecillas redondas. La princesa le preguntó con qué objeto hacía aquello; eran tan pobres, explicó la mujer, que no tenían comida ni ropa y era angustioso oír a las criaturas clamando por un bocado, pero, cuando ponía la olla al fuego y decía: «¡Enseguida estarán las papas!», era como si el hambre se mitigara, y aguantaban un rato. Como se imaginarán, la princesa no tardó ni un instante en sacar el mantel y la botella, y cuando los niños hubieron llenado la barriga, les cortó vestidos con las tijeras de oro.

—Bien —dijo la mujer—, puesto que has sido tan amable y compasiva conmigo y con mis hijos, sería una vergüenza que no hiciera yo cuanto pudiera para tratar de ayudarte a subir a la montaña. Mi marido es maestro herrero; échate a descansar y, cuando venga, le diré que te forje unas garras para las manos y los pies, y con ellas intentarás trepar hasta la cima.

Cuando llegó el herrero, se puso manos a la obra de inmediato y a la mañana siguiente las garras estaban terminadas. Ella no aguardó más, les dio las gracias, se aferró bien fuerte y gateó y trepó con las garras de acero durante todo el día y toda la noche; estaba tan cansada, tan cansada, que creía que no iba a poder levantar la mano otra vez e iba a dejarse resbalar hacia abajo, pero pudo por fin llegar hasta arriba. Era una llanura con campos y prados tan grandes y vastos como nunca hubiera podido imaginar; justo al lado había un castillo en el que infinidad de sirvientes de todas clases se apuraban como hormigas en un hormiguero.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó la princesa.

Pues que en aquel castillo vivía la ogresa que había embrujado al rey Valemón, el oso blanco, y en el plazo de tres días iba a casarse con él. La joven preguntó si podía hablar con ella. No, eso era de todo punto imposible. Así pues, se sentó delante de la ven-

tana y se puso a cortar con las tijeras de oro, de modo que los trozos de terciopelo y de seda revoloteaban como si estuviera nevando copiosamente. Cuando la ogresa lo vio, quiso comprarle las tijeras, «Pues por mucho que trabajen los sastres, no dan abasto», dijo, «son demasiados los que hay que vestir».

Por dinero no estaban en venta, le dijo la princesa, pero las tendría si le daba permiso para dormir aquella noche con su prometido. Sí, se lo daba de buen grado, dijo la ogresa, pero sería ella quien lo arrullaría por la noche y lo despertaría por la mañana. Cuando el príncipe se fue a dormir, la ogresa le había dado una bebida narcótica, con lo cual fue incapaz de despertarse por mucho que la princesa lo llamó y sollozó.

Al día siguiente, la princesa se sentó de nuevo delante de la ventana escanciando cerveza y vino de la botella; brotaban como un arroyo y la botella nunca se vaciaba. Cuando la ogresa la vio, quiso comprársela, «Pues por mucho que se afanen destilando licores y haciendo cerveza, no dan abasto», dijo, «son demasiados a los que hay que dar de beber». Por dinero no estaba en venta, repitió la princesa, pero si la dejaba dormir con su prometido aquella noche la botella sería suya. Sí, con gusto le daba su permiso, respondió la ogresa, pero ella misma lo arrullaría y

lo despertaría. Cuando el príncipe se fue a dormir, le dio el bebedizo y no fue mejor aquella noche: no hubo manera de despertarlo por mucho que la princesa lo llamó y sollozó. Pero uno de los obreros estaba trabajando aquella noche en la habitación contigua, la oyó llorar y comprendió lo que ocurría. Al día siguiente le aseguró al príncipe que había venido la princesa que debía liberarlo.

Aquel día sucedió con el mantel lo mismo que con las tijeras y con la botella; a la hora de comer salió la princesa del castillo, sacó el mantel y dijo:

—¡Mantel, extiéndete y cúbrete de ricos manjares! —y apareció la comida servida; había suficiente para cien personas, pero la joven se sentó sola a la mesa. Cuando la ogresa vio el mantel, quiso comprárselo, «Pues por mucho que se esfuercen en hervir y asar, no dan abasto», dijo, «son demasiadas bocas las que hay que alimentar». Por dinero no estaba en venta, dijo una vez más la princesa, pero si le daba su consentimiento para dormir con su prometido aquella noche se lo regalaría. Sí, se lo concedía gustosamente, accedió la ogresa, pero siempre que fuera ella quien lo arrullara y fuera a despertarlo. Cuando el príncipe se fue a dormir, entró con el bebedizo, pero en esta ocasión el príncipe fingió quedarse dormido y la engañó. Sin embargo la ogresa sospechó, de modo

que cogió una aguja y se la clavó en el brazo para asegurarse de que estaba profundamente dormido; a pesar del dolor, el príncipe no se movió. Entonces la ogresa dejó entrar a la princesa en la habitación.

Todo salió a pedir de boca; ya únicamente les faltaba deshacerse de la ogresa para que el príncipe quedase libre. Mandó a los carpinteros que hicieran una trampilla en el puente por el que había de pasar el cortejo nupcial, pues era costumbre que la novia pasara primero por el puente. Cuando llegó la ogresa, la trampilla se abrió y la novia y todas las brujas que eran sus damas de honor se precipitaron en el vacío. El rey Valemón, la princesa y todos los invitados regresaron al castillo para celebrar la boda, llevándose todo el oro y las riquezas de la ogresa que pudieron transportar. Pero por el camino el rey Valemón y su prometida pasaron por las tres cabañas y se llevaron consigo a las tres niñas; entonces ella supo por qué el rey le había quitado a sus hijas: porque la ayudarían a llegar hasta él.

Más tarde, en el festejo, bebieron todo lo que pudieron para celebrar.

Caperucita Desgreñada

Cuento tradicional

Había una vez un rey y una reina que no tenían hijos, y la reina estaba tan triste por ello que casi nunca tenía momentos de alegría. Se quejaba sin cesar porque el palacio estaba solitario y silencioso:

—Si tuviéramos niños, lo llenarían de vida —decía.

Cuando viajaba por su reino, se encontraba con que Dios bendecía con hijos incluso la cabaña más mísera. Allá donde fuera oía a la mujer de la casa regañar a sus chiquillos y decirles que esto o aquello estaba mal; ella se apenaba porque deseaba hacer lo mismo.

Al final, el rey y la reina adoptaron una pequeña forastera; querían tenerla en el palacio y criarla, y regañarla como si fuera suya propia.

Un día, la niña que habían adoptado bajó al jardín que había delante del palacio a jugar con una manzana de oro. Entonces llegó una pobre vagabun-

da que también tenía una niña y no pasó mucho rato sin que las dos muchachas se hicieran amigas y se pusieran a jugar juntas con la manzana de oro. La reina, que estaba junto a una ventana del palacio, las vio y dio unos golpecitos en el cristal de la ventana para que su hija adoptiva acudiera. Así lo hizo; la niña pobre la acompañó y ambas entraron cogidas de la mano en la sala donde se encontraba la reina.

La reina reprendió a la chiquilla:

—No está bien que corras y juegues con una mendiga andrajosa —le dijo, y quiso echar a la otra.

—Si la reina supiera quién es mi madre, no me echaría —dijo la jovencita. Cuando la reina le pidió que fuera más clara, le explicó que su madre podía hacer que la reina tuviera hijos. La reina no quiso creerlo, pero la niña se mantuvo firme y dijo que cada palabra dicha por ella era verdad y que la reina no tenía más que hacer venir a su madre.

Así pues, la reina dio permiso a la pequeña para que fuera a buscarla.

—¿Sabes lo que dice tu hija? —le preguntó la reina en cuanto traspuso el umbral.

No, la mendiga no lo sabía.

—Dice que, si lo deseas, puedes hacer que yo tenga hijos.

—No es propio de una reina hacer caso de lo que inventa una pobrecilla —dijo la mujer, y se marchó.

La reina se enojó y otra vez quiso echar a la niña, pero ella repitió que cada palabra que había dicho era verdad.

—La reina no tiene más que ofrecer algo de beber a mi madre, así se alegrará y sabrá hallar la solución —dijo.

La reina decidió intentarlo; hizo subir de nuevo a la mendiga; le ofreció vino y aguamiel, todo cuanto quiso, y no tuvo que esperar mucho para que se le soltara la lengua.

Entonces le hizo otra vez la pregunta.

—Quizá pueda darte una solución —le dijo la mendiga—. Has de llevarte dos vasijas con agua una noche al acostarte. Te lavarás en ella y luego la verterás debajo de la cama. Cuando mires por la mañana habrán brotado dos flores, una bonita y otra fea. Debes comerte la bonita y dejar allí la fea. ¡Pero no olvides esto último!

La reina hizo todo lo que le había dicho la mujer; mandó que le llevasen agua en dos vasijas, se lavó con aquella agua y la vertió debajo de la cama; al mirar por la mañana allí estaban las dos flores: una era fea y aborrecible y tenía las hojas negras, pero la otra era tan linda y luminosa que jamás había visto ninguna

igual, y se la comió enseguida. Pero la flor bonita estaba tan rica que no pudo contenerse y se comió también la otra. «Mal no me va a hacer», pensó.

Pasado el tiempo, la reina dio a luz. Primero alumbró una niña, que llevaba un cucharón en la mano e iba montada en una cabra; era fea y aborrecible, y en cuanto vino al mundo gritó:

—¡Madre!

—¡Si soy tu madre, Dios tenga piedad de mí! —exclamó la reina.

—No te preocupes, detrás viene otra más hermosa —le dijo la que cabalgaba la cabra.

Al poco rato tuvo la reina otra criatura, tan hermosa que nadie había visto nunca una niña tan linda; ya se pueden imaginar que la reina estaba muy contenta.

A la mayor la llamaron Caperucita Desgreñada, porque iba siempre despeinada y hecha una pena y llevaba una caperuza que le colgaba en hilachas sobre la cabeza; la reina casi no quería ni verla y trataba de encerrarla en otra habitación, pero era en vano, pues allá donde fuera la menor quería ir ella también y no había manera de separarlas.

Cuando eran ya unas jovencitas, una Nochebuena hubo un gran barullo en la galería del palacio. Caperucita Desgreñada preguntó quién armaba semejante alboroto.



—Oh, no merece la pena preguntarlo —dijo la reina, pero Caperucita Desgreñada insistió hasta enterarse. Entonces la reina le contó que eran mujeres *troll* que venían a celebrar las fiestas navideñas allí fuera. Caperucita Desgreñada dijo que saldría a echarlas, y por mucho que le rogaron que abandonase la idea fue inútil: estaba resuelta a salir a echar a las *trolls*. Pidió a la reina que mantuviera bien cerradas todas las puertas de modo que no se abriese ninguna ni siquiera un poco. Acto seguido, se lanzó enarbolando su cucharón y ahuyentó a las *trolls*. Se armó una gresca en la galería como no la han oído ustedes en su vida; se oía crujir y rechinar como si todas las vigas se fueran a venir abajo. Pero en el momento más inesperado alguien entreabrió una puerta; la hermana de Caperucita Desgreñada quiso curiosear cómo le iba y asomó la cabeza por el hueco y, entonces, ¡zas!, vino una *troll*, le arrancó la cabeza y le puso la de un ternero en su lugar; la princesa se puso a cuatro patas en el suelo y empezó a mugir. Cuando entró Caperucita Desgreñada y vio a su hermana, se enfadó mucho con todos por no haber tenido más cuidado y les preguntó si les parecía bonito que su hermana se hubiera convertido en un ternero.

—De todas maneras, tal vez pueda liberarla —dijo.

Pidió al rey un barco bien aprovisionado y totalmente aparejado, pero no quiso timonel ni tripulación, sino zarpar sola con su hermana; al final el rey hubo de consentir en ello.

Caperucita Desgreñada se hizo a la mar y se dirigió al país donde vivían las mujeres *troll*; cuando llegaron al muelle, dijo a su hermana que permaneciera en el barco y se estuviera bien callada. Montó en su cabra y se encaminó al castillo de las *trolls*. Cuando llegó, una de las ventanas de la sala estaba abierta y vio en el alféizar la cabeza de su hermana; entonces entró como una tromba por la galería, agarró la cabeza y escapó con ella. Las *trolls* la persiguieron con ánimo de recuperar la cabeza; la rodearon tan apretadamente que no cabía un alfiler, pero la cabra les daba empujones y cornadas y ella también atizaba con el cucharón, de modo que las *trolls* tuvieron que abandonar su propósito. Caperucita Desgreñada regresó al barco, le quitó a su hermana la cabeza de ternero y le volvió a poner la suya, con lo cual recobró su aspecto humano; luego viajaron lejos, muy lejos, hasta un desconocido reino.

El rey que gobernaba aquellas tierras era viudo y tenía un solo hijo. Al ver aquel navío extranjero mandó mensajeros a la playa para que averiguasen de dónde venía y a quién pertenecía, pero cuando

llegaron los enviados reales no vieron a bordo más que a Caperucita Desgreñada, que corría por la cubierta montada en su cabra dando vueltas de acá para allá, con las greñas bailándole alrededor de la cabeza. Los hombres de palacio se quedaron asombrados y preguntaron si no había nadie más en el barco. Oh, sí, iba con su hermana, dijo Caperucita Desgreñada. Ellos quisieron verla, pero la joven se negó:

—Nadie puede verla, salvo el rey —dijo, y continuó dando vueltas y metiendo ruido en la cubierta con la cabra.

Cuando los servidores regresaron al palacio y contaron lo que habían visto y oído en el barco, el rey quiso ir de inmediato a ver a la que cabalgaba en la cabra. Cuando llegó, Caperucita Desgreñada hizo salir a su hermana, tan hermosa y gentil que el rey se quedó enteramente cautivado. Se las llevó a las dos al palacio y manifestó su voluntad de tomar a la hermana por esposa, pero Caperucita Desgreñada respondió que no: no la tendría de ninguna manera a menos que el príncipe se casara con la propia Caperucita Desgreñada. Ya se pueden figurar que el príncipe se mostró de lo más reacio, pues era tan fea que parecía una bruja; sin embargo, tanto le instaron el rey y todos los cortesanos que al final accedió y

prometió tomarla como princesa, aunque lo hizo a regañadientes y sin ilusión alguna.

Después se procedió a los preparativos de las bodas. Cuando todo estuvo terminado, emprendieron la marcha a la iglesia, pero al príncipe le parecía que era la marcha a la iglesia más penosa que había realizado en todos los días de su vida. Iba primero una carroza con el rey y su prometida; estaba tan bella y elegante que por el camino se paraban todos a contemplarla hasta que la perdían de vista. Detrás iba el príncipe a caballo con Caperucita Desgreñada a su lado trotando en la cabra y empuñando el cucharón; más parecía ir en un cortejo fúnebre, que en su propia comitiva nupcial, tan sombrío y sin decir una palabra.

—¿Por qué no hablas? —le interrogó Caperucita Desgreñada cuando habían caminado un trecho.

—¿De qué quieres que te hable? —dijo él.

—Puedes preguntarme por qué voy montada en esta cabra tan fea —sugirió Caperucita Desgreñada.

—¿Por qué vas montada en esa cabra tan fea? —repitió el príncipe.

—¿Una cabra fea? ¡Si es el caballo más espléndido que pudiera desear una novia! —objetó la muchacha, y al instante la cabra se convirtió en un caballo, el más soberbio que había visto jamás el príncipe.

Siguieron adelante un poco más, pero el príncipe permanecía cabizbajo y taciturno; Caperucita Desgreñada volvió a preguntarle por qué no hablaba, pero él le contestó que no sabía de qué hablar, de modo que Caperucita Desgreñada le propuso:

—Puedes preguntarme por qué llevo este cucharón tan feo en la mano.

—¿Por qué llevas ese cucharón tan feo en la mano?

—¿Un cucharón feo? ¡Si es el abanico de plata más espléndido que pudiera desear una novia! —dijo ella, y al instante el cucharón se convirtió en un abanico de plata tan brillante que resplandecía.

Continuaron andando otro trecho, pero el príncipe seguía igual de apesadumbrado y sin abrir la boca. Al rato le preguntó de nuevo Caperucita Desgreñada por qué no hablaba, y esta vez le dijo que podía preguntarle por qué llevaba aquella caperuza gris tan fea en la cabeza.

—¿Por qué llevas esa caperuza gris tan fea en la cabeza?

—¿Una caperuza fea? ¡Si es la corona de oro más brillante que pudiera desear una novia! —dijo ella, y al instante justo en eso se convirtió.

—Bueno, ¿y por qué eres tan fea? —inquirió entonces el príncipe.

—¿Fea yo? Tú crees que mi hermana es bella, pero yo soy diez veces más hermosa —dijo la novia, y cuando el príncipe la miró, se descubrió tan linda que no puede existir una doncella más hermosa en el mundo. Entonces al príncipe se le desató la lengua y llevó por fin la cabeza en alto.

Se celebraron las bodas con gran pompa y durante muchos días; después el rey y el príncipe, cada uno con su esposa, fueron a visitar al padre de las princesas y allí hubo nuevos festejos que no se acababan nunca.

Y, ustedes, vayan al palacio corriendo, que a lo mejor aún queda cerveza.

El muchacho que fue a visitar al Viento del Norte

Cuento tradicional

Érase una vez una anciana que tenía un hijo. Era pobre y estaba ya achacosa, de modo que pidió al muchacho que subiera en su lugar al granero a buscar la harina para hacer las gachas. Pero, al bajar la escalera, vino el Viento del Norte soplando sin parar, le quitó la harina y se la llevó por las alturas. El muchacho volvió a subir al granero a buscar más, pero, cuando de nuevo bajó la escalera, vino otra vez el Viento del Norte volando volando y le quitó la harina, y lo mismo sucedió una tercera vez. Él se enfadó mucho: estaba muy mal que el Viento del Norte se portase de aquella manera, y decidió salir en su busca para exigirle que le devolviera la harina.

Y así lo hizo, pero el camino era muy largo y tuvo que andar y andar. Por fin, llegó a la casa del Viento del Norte.

—Buenos días —saludó—, y gracias por visitar nuestro granero.

—Buenos días —dijo el Viento del Norte con su ronca voz—, y gracias a ti por venir. ¿Qué es lo que deseas?

—Oh —respondió—, solo quería rogarte que fueras tan amable de devolverme la harina que me quitaste en la escalera del granero, pues tenemos poca, y, si te comportas así y te llevas también el grano que tenemos, no nos quedará otra cosa que morirnos de hambre.

—Yo no tengo harina —repuso el Viento del Norte—, pero, ya que estás tan necesitado, te daré un mantel que te proporcionará todo cuanto quieras solo con que digas: «¡Extiéndete, mantel, y de todo lo más rico ponme de comer!».

El joven quedó satisfecho. Pero, como el camino era tan largo y no podía llegar a casa aquel mismo día, se detuvo en una posada y, cuando los demás huéspedes iban a cenar, él puso su mantel en la mesa del rincón y dijo: «¡Extiéndete, mantel, y de todo lo más rico ponme de comer!». Antes de que hubiera acabado de decirlo, ya le había obedecido el mantel, y todos pensaron que era una cosa maravillosa, pero sobre todo el posadero. «Se acabó el molestarme en asar y hervir, en poner y recoger las mesas, en sacar y servir las comidas», pensó. Y por la noche, mientras todos dormían, se apoderó del mantel y puso en su lugar otro que era

exactamente igual al del Viento del Norte, pero no hacía aparecer ni siquiera un panecillo de avena.

Cuando el muchacho se despertó, cogió su mantel y se marchó, y aquel mismo día llegó a casa de su madre.

—Mira —le dijo—, he estado en casa del Viento del Norte; es muy razonable, pues me ha dado este mantel; solo con ordenarle: «¡Extiéndete, mantel, y de todo lo más rico ponme de comer!», tengo todo lo que quiera.

—Sí, todo eso está muy bien —replicó la madre—, pero no lo creeré hasta que lo vea.

El hijo se apresuró a acercar una mesa, puso encima el mantel y dijo: «¡Extiéndete, mantel, y de todo lo más rico ponme de comer!». Pero el mantel no le puso ni siquiera un pedazo de pan.

—No tengo más remedio que ir otra vez a ver al Viento del Norte —dijo el muchacho, y se marchó.

Finalmente llegó adonde vivía el Viento del Norte.

—Buenas tardes —le dijo.

—Buenas tardes —respondió el Viento del Norte.

—No quiero más que la harina que me quitaste —explicó el joven—, pues el mantel que me diste no sirve de gran cosa.

—Yo no tengo harina —dijo el Viento del Norte—, pero te daré un carnero que cagará doblones de



oro solo con que le digas: «¡Carnero, caga dinero!». El muchacho no tuvo nada que objetar, pero, como estaba tan lejos de casa y no podía llegar el mismo día, se alojó nuevamente en la posada. Antes de pedir nada, puso a prueba el carnero, pues quería ver si era verdad lo que le había dicho el Viento del Norte. Y era verdad, pero, cuando el posadero lo vio, pensó que era un carnero estupendo y, no bien se durmió el joven, trajo otro que desde luego no cagaba ducados de oro y lo puso en su lugar.

A la mañana siguiente, el chico siguió su camino, y al llegar a casa le dijo a su madre:

—Después de todo el Viento del Norte es muy amable; ahora me ha dado un carnero que caga doblones de oro solo con decirle: «¡Carnero, caga dinero!».

—Sí, todo eso está muy bien —replicó la madre—, pero no son más que palabras y no lo creeré hasta que lo vea.

—¡Carnero, caga dinero! —ordenó el joven, pero no fue precisamente dinero lo que cagó el carnero.

Así pues, se puso de nuevo en camino a casa del Viento del Norte y le contó que el carnero no servía para nada y que quería una compensación por la harina.

—Bueno, ahora no tengo para darte —dijo el Viento del Norte— otra cosa que ese viejo garrote

que está ahí en el rincón; se pone a pegar solo con le digas: «¡Garrote, pega!», y no parará hasta que le digas: «¡Garrote, para!».

Y como el camino era tan largo, se detuvo también esta vez en la posada a pasar la noche, pero entonces cayó en la cuenta de lo que había sucedido con el mantel y con el carnero. Enseguida se echó en un banco y se puso a roncar, fingiendo estar dormido. El posadero pensó que también el garrote serviría para algo, de modo que encontró otro parecido y lo puso en su lugar en cuanto oyó roncar al joven. Pero no bien había echado mano del palo, el chico gritó:

—¡Garrote, pega!

Y el garrote empezó a moler a palos al posadero, que saltaba por encima de las mesas y los bancos chillando:

—¡Por Dios, por Dios! ¡Dile al garrote que pare o me matará a palos! ¡Te devolveré tu mantel y tu carnero!

Cuando el muchacho pensó que ya había tenido bastante, ordenó:

—¡Garrote, para! —tomó el mantel, el carnero y el garrote, ató una cuerda a los cuernos del carnero y se dirigió a su casa con todo.

¡No fue mala compensación por la harina!

Los traductores

«El traje nuevo del emperador» («Kejserens nye klæder») y «El duende del abacero» («Nissen hos Spekhøkeren») fueron originalmente publicados en *Cuentos completos* (Madrid, Anaya, 2004), con la traducción de Enrique Bernárdez.

«La niña de los fósforos» («Den Lille Pige med Svovlstikkerne») fue traducido, para esta edición, por Juan Diego Serrano.

Las versiones originales de «Mikko el magnífico» («Mighty Mikko») y «El urogallo encantado» («The Enchanted Grouse») hacen parte de *Mighty Mikko: A Book of Finnish Fairy Tales and Folk Tales* (1922), una compilación de cuentos tradicionales finlandeses editada por Parker Fillmore. Las traducciones son de Laura Camila Acosta Amín.

«El rey Valemón, el oso blanco» («Kvitebjørn kong Valemon»), «Caperucita desgreñada» («Lurvehette») y «El muchacho que fue a visitar el Viento del Norte» («Gutten som gikk til nordenvinden og krevde igjen melet») fueron recogidos por Peter Christen Asbjørnsen y Jørgen Engebretsen Moe, y originalmente publicados en Cuentos noruegos (Madrid, Libros de las Malas Compañías, 2016), traducidos por María Condor.

«El origen de los elfos», «Padre de dieciocho en el país de los elfos», «Búkolla y el muchacho» y «Oro de serpientes» (*Ormagull*) fueron traducidos del islandés por Kristinn R. Ólafsson y Marisol Álvarez. «Oro de serpientes» apareció por primera vez en el libro *Ormagull. Verðlaunasögur* (Reikiavik, Mál og menning, 1994).

LIBRO AL VIENTO

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





Trece relatos nórdicos
fue editado por el Instituto
Distrital de las Artes - Idartes
para su Biblioteca Libro al Viento,
bajo el número ciento cuarenta
y siete, y se imprimió en el mes de
abril del año 2020 en Bogotá.

«Gracias a estos cuentos, los seres humanos del norte de Europa y de todo el mundo aprendieron que lo más importante es cuidar a los que te rodean, y también aprendieron a confiar en sus semejantes, a cazar o trabajar juntos, eso que se llama colaborar».

Ana Cristina Herreros

Para pequeños lectores

LIBRO AL VIENTO INICIAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«Los embaucadores le pidieron que hiciera el favor de acercarse más y le preguntaron si no era un dibujo precioso y unos colores hermosísimos. Y señalaban el telar vacío, y el pobre del viejo ministro siguió abriendo los ojos como platos sin poder ver nada, pues nada había».



De «El traje nuevo del emperador».
(Hans Christian Andersen)


EMBAJADA REAL DE DINAMARCA
Bogotá


Embajada de Noruega


Embajada de Suecia
Bogotá D.C.


Government of Iceland


Embajada de Finlandia
Bogotá







